La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 25 de diciembre de 1905 — Núm. 1.252

PRINCESA VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG

(De fotografía de Underwood Underwood Orla de J. Diéguez

(c) Ministerio de Cultura 2006

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será «El Calvario,» interesante novela del eminente escritor D. Francisco Acebal, con ilustraciones de Salvador Azpiazu.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. – *Almas modernas*, por Francisco Escalera. – *Disturbios revolucionarios en Rusia.* – *Epistolario de Prim*, por J. Fabré y Oliver. – *Descubrimiento del Tribunal Imperial en el Foro Romano*, por Carlos Abeniakar. – *La princesa Victoria Eugenia de Battenberg.* – *Los agraciados con los premios Nobel.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *La dama verde*, novela ilustrada (conclusión). – *El observatorio meteorológico del monte Ventoux*, por Gustavo Tardieu.

Grabados.— *Princesa Victoria Eugenia de Battenberg.* – Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Almas modernas.* – *Disturbios revolucionarios en Rusia. Entierro de víctimas en Sebastopol.* – *El estado de sitio en Varsovia.* – *Nueva York. Manifestación monstruo de los judíos.* – *Cabecera con la estatua ecuestre de Prim*, dibujo de N. Vázquez. – *El Tribunal Imperial descubierto en el Foro Romano.* – *Roma. El rey Víctor Manuel visitando el Tribunal Imperial.* – *La huelga de los empleados de Correos y Telégrafos en Rusia.* – *Roberto Koch.* – *Berta de Suttner.* – *Baeyer.* – *Sienkiewicz.* – *Monumento á Bara en Tournai*, obra de Guillermo Charlier. – *El observatorio del monte Ventoux.* – *El collado de las Tempestades, en el fondo de la cordillera de Lure.* – *Barcelona. Inauguración de la primera Biblioteca Popular en el Fomento Regional de San Martín de Provensals.*

CRÓNICA DE TEATROS

Desde mi última crónica, tan rápidamente se han sucedido los acontecimientos teatrales, que apenas les ha sido posible tomar nota de ellos á los cronistas de teatro. Ha habido de todo: compañías parisienses que han pasado por la Princesa, según costumbre, «cual raudos meteoros;» varios estrenos en este mismo teatro; el de *Manon Lescaut*, en el Español; el de *Las Urracas*, en la Comedia, y el de *Los Malhechores del bien*, en Lara. Además, se han estrenado en los teatros de género chico dramas comprimidos, sainetes, revistas y disparates en cantidad verdaderamente agobiadora. Como se ve, la cosecha dramática de estos últimos días no ha podido ser más abundante.

Como siempre acontece, las compañías francesas han tenido por espectadores y espectadoras lo más linajudo, escogido y aristocrático de la sociedad madrileña. Los cómicos franceses que este año nos han visitado, á excepción de la Després, que es una excelente artista, y de Ferandy, que es un actor muy aceptable, pertenecen á la numerosa legión de lo mediano. Las obras representadas por ambas compañías no entusiasmaron á la distinguida concurrencia, á lo que contribuyó, en parte, la índole de las comedias, en parte, la falta de conjunto en su ejecución, y en algo ó en mucho, lo ruin y descuidado de la *mise en scene*.

¡Bien entienden su negocio los empresarios que traen y llevan á estos artistas trashumantes! Conocen á su público y saben de antemano que éste ha de acudir al teatro, pagando precios enormes por las localidades, sin tener para nada en cuenta los atractivos del arte.

Entre las seis comedias dadas á conocer por las compañías francesas, ha sido sin duda, si no la más divertida, la más oportuna, la titulada *Les remplaçantes*. Como algunas otras obras del mismo autor, es ésta, más que una comedia, una conferencia dramática, cuyo objeto es desarrollar la famosa tesis de Rousseau relativa al deber que las madres tienen de criar á sus hijos. Sabido es que las señoras de la aristocracia y de la burguesía acomodada miran como cosa de mal tono el dar el pecho á sus pequeñuelos. La lactancia aja y quita belleza al seno, y las damas distinguidas tienen que lucirlo en fiestas y en teatros; de suerte que en el mundo elegante, como hace notar con frase incisiva Brieux, el autor de *Les remplaçantes*, los hijos son los únicos que no ven el pecho de sus madres.

En esta, como he dicho, especie de conferencia dramatizada se exponen, no sin cierto interés escénico, los males que á las madres, á los hijos, á las nodrizas y á la sociedad en general acarrea la viciosa costumbre de confiar la lactancia de los niños á personas mercenarias... Yo no sé lo que pensarán las señoras de estas sanas teorías de Brieux; pero sí creo que no está demás que á sus oídos lleguen, alguna vez, por lo menos, consejos, que si se pusiesen en práctica, evitarían no pocos males. No es madre del todo la que, pudiendo, no nutre á su hijo con la leche de su seno.

***

Sin duda á María Guerrero y Fernando Mendoza, tan cuidadosos de la presentación y representación de las obras teatrales, lo que les decidió á poner en escena la comedia *Manon Lescaut*, sacada por los Sres. Benavente y Danvila de la célebre novela de aquel título, original del abate Prevost, fué el deseo de presentar ante los ojos del público un cuadro artístico y primoroso de la sociedad francesa en el reinado de Luis XV.

Todo cuanto se diga del lujo, de la propiedad, del arte exquisito con que la compañía del Español ha resucitado la época de la famosa Pompadour, es poco. Puede asegurarse que cuantos asistimos á dicha función vimos una serie de cuadros en que se reproducían vivos y animados los de Watteau, y en que se agrupaban en graciosas actitudes las lucidas figuras de los jarrones de Sévres. Todo lo referente á indumentaria, atrezo y decorado fué inmejorable. Por desgracia, según la frase popular, la salsa valía más que los caracoles. Quiero decir que la comedia quedaba como obscurecida por los telones, trajes y bambalinas.

Conocido es el argumento de la novela de Prevost. El caballero Des Grieux encuentra á Manon en el momento en que esta alegre y casquivana muchacha es conducida á un convento. Jóvenes ambos, casi niños, se aman en cuanto se ven y corren á ocultar sus amores en un rincón de París. Pero Manon Lescaut, aunque quiere á su caballero, no se resigna á vivir en la pobreza: ansía poseer galas y carrozas. Cree también que el amor es compatible con la infidelidad y traiciona á su amante. Des Grieux, herido en lo más delicado de su corazón, decide consagrarse á Dios y se encierra en el convento de San Sulpicio; pero su pasión, más fuerte que su voluntad, le hace abandonar el claustro para volver otra vez al lado de Manon. Desde este momento el enamorado mozo va consumiendo, en la hoguera de sus amores, dignidad, honra, decoro... Para él no existe más que su amada; por ella acepta los más bajos papeles y comete villanías y hasta crímenes. Los desenfrenos y locuras de la enamorada pareja dan con ella en prisión. Des Grieux logra salir de la suya; pero Manon, en compañía de otras mujeres, es deportada á las colonias francesas de América. Allí la sigue su constante amador, y en el destierro siguen los dos amándose, hasta que la desventurada cortesana expira en los brazos de Des Grieux.

En el trabajo hecho por Benavente y Danvila desaparece en gran parte la coherencia que tienen los diversos episodios de la novela de Prevost. Los autores han supuesto, sin duda, que el público conocía dicha novela, y no se han cuidado de explicar los sucesos que determinan la evolución de los caracteres. La obra del novelista francés ha perdido, por consiguiente, al pasar á la escena, su valor psicológico, quedando reducida á un dúo de amor, á la verdad no muy noble y elevado, que se repite monótonamente durante siete actos.

Por otra parte, ciertas escenas parecieron de color algo subido; así fué que á pesar del lujo y esmero con que, según queda dicho, fué presentada la comedia, el público, aun siendo tan comedido y respetuoso como siempre lo es en el Español, hubo, en más de una ocasión, de demostrar su impaciencia y aun su desagrado.

De todo lo cual se deduce que si lo externo, esto es, los telones, trajes y mobiliario realzan mucho las obras dramáticas, no bastan á suplir el mérito literario de ellas. Aquí de otro refrán popular: «Para hacer un guisado de liebre, lo primero que hace falta es la liebre.» Del mismo modo, para representar una comedia, lo primero que hace falta es que haya comedia.

***

Del ligero contratiempo sufrido en el Español, bien ha sabido desquitarse Benavente pocas noches después en Lara. Desde el estreno de *Juan José* no recuerdo haber presenciado en los teatros de Madrid triunfo más brillante, unánime y espontáneo que el alcanzado recientemente por el autor de *Los Malhechores del bien*.

Las teorías de Benavente vienen á ser, sobre poco más ó menos, éstas: Vivimos en una especie de socialismo que nos sofoca y ahoga. Nadie es lo que quiere ser: la sociedad nos sale al paso por todas partes, impidiéndonos ser sinceros, libres en la más alta significación de esta palabra. Regulados están por los convencionalismos sociales todos nuestros afectos, todos los impulsos de nuestro corazón, todos los anhelos de nuestro ser ¡Desgraciado del que no es como quieren los demás que sea! ¡Ay del espíritu independiente que aspira á ser, según la frase de Ibsen, *él mismo!* De aquí la mentira que preside á todos los actos de nuestra vida, la mentira de la fe, la mentira del amor, la mentira conyugal, la mentira de la caridad..., la mentira, en fin, en todos sus aspectos, erigida como fundamental principio y ley suprema de nuestra organización social.

La protesta contra esa mentira, que es el tema fundamental y constante del teatro de Ibsen, ha encontrado un eco enérgico y artístico en la última comedia de Benavente. Comedia de ideas, de muchas ideas, es *Los Malhechores del bien;* comedia además moderna por su fondo y por su forma, por sus tendencias y sus atrevimientos, por los prejuicios que combate y por las ideas que remueve. Sin esos rebuscados simbolismos ni confusas alegorías que hacen pestañear de asombro á los simples espectadores del retablo del sabio Tontonelo; presentándonos un cuadro reducido de la vida real, pero concentrando en él los principales aspectos de la sociedad moderna; encerrando entre cuatro telones grandes problemas de conciencia; dando sangre, corazón, nervios y músculos á las ideas; sorprendiendo y fijando en los rápidos momentos de la emoción estética las leyes eternas de nuestro ser..., haciendo todo esto, como lo hizo Molière en su *Tartuffe*, Shakespeare en su *Hamlet* y Calderón en *La vida es sueño*, es como se realiza el arte grande.

Hay quien supone que el toque del teatro moderno está en que aburra al público. Lo que no se entiende ó se entiende mal y además nos hace bostezar, eso es tenido por algunos como el bello ideal del arte escénico. En tal sentido no merece ser elogiado Benavente. El autor de *Los Malhechores del bien*, no sólo muestra con toda claridad su pensamiento, sino que además se apodera de nuestra atención, y al propio tiempo que nos hace pensar, nos emociona, despertando en nosotros unas veces la risa y otras veces las lágrimas.

Y hecho el debido elogio de la aplaudida obra de Benavente, justo también será mostrar lo que en sus teorías hay de excesivo y, por consiguiente, de equivocado. La libertad individual llevada al extremo que quiere el ingeniosísimo escritor, daría por resultado la disolución de la sociedad y conduciría á los humanos al estado primitivo. Cierto que ella nos exige mucho, pero también es cierto que nos da mucho; nos limita, pero nos ayuda; coarta no pocos de nuestros impulsos, pero en cambio nos hace partícipes de las fuerzas de nuestros semejantes. Sería muy cómodo romper con la sociedad, como rompen los personajes de Benavente, para aquello que les conviene ó creen que les conviene, y exigir, sin embargo, de la sociedad auxilio y protección. Esto sería estar á las maduras y no á las duras.

Reconociéndolo así el mismo Ibsen, que en tantas obras maestras ha sostenido la teoría ahora sustentada por Benavente, de *sé tú mismo*, se burla donosamente de ella en el *Peer Gynt*. Allí los únicos que pueden *subjetivamente* ser lo que quieren ser, son los locos. De donde se deduce que sólo siendo la sociedad un manicomio puede ser el hombre lo que quiere ser. Algo de esto que acabo de decir se transparenta en *La Noche del Sábado*, obra del autor de *Los Malhechores del bien*, en donde se nos hace ver que las almas solamente realizan su ideal de libertad en el aquelarre de sus sueños insensatos.

Pero sea cualquiera el grado de verdad que encierre la tesis de Benavente, sería notoria injusticia desconocer ó negar su mérito. *Los Malhechores del bien* es una comedia que honra á la literatura contemporánea.

***

Terminaré esta crónica dedicando unos cuantos renglones, menos de los que merece, á la comedia de Iglesias *Las Urracas*, muy bien traducida al castellano por Palomero y estrenada con aplauso en el teatro de la Comedia. La obra de Iglesias pertenece al teatro popular, y sin duda por eso, el autor echa mano de los recursos melodramáticos que tan seguro efecto producen en la gente del pueblo.

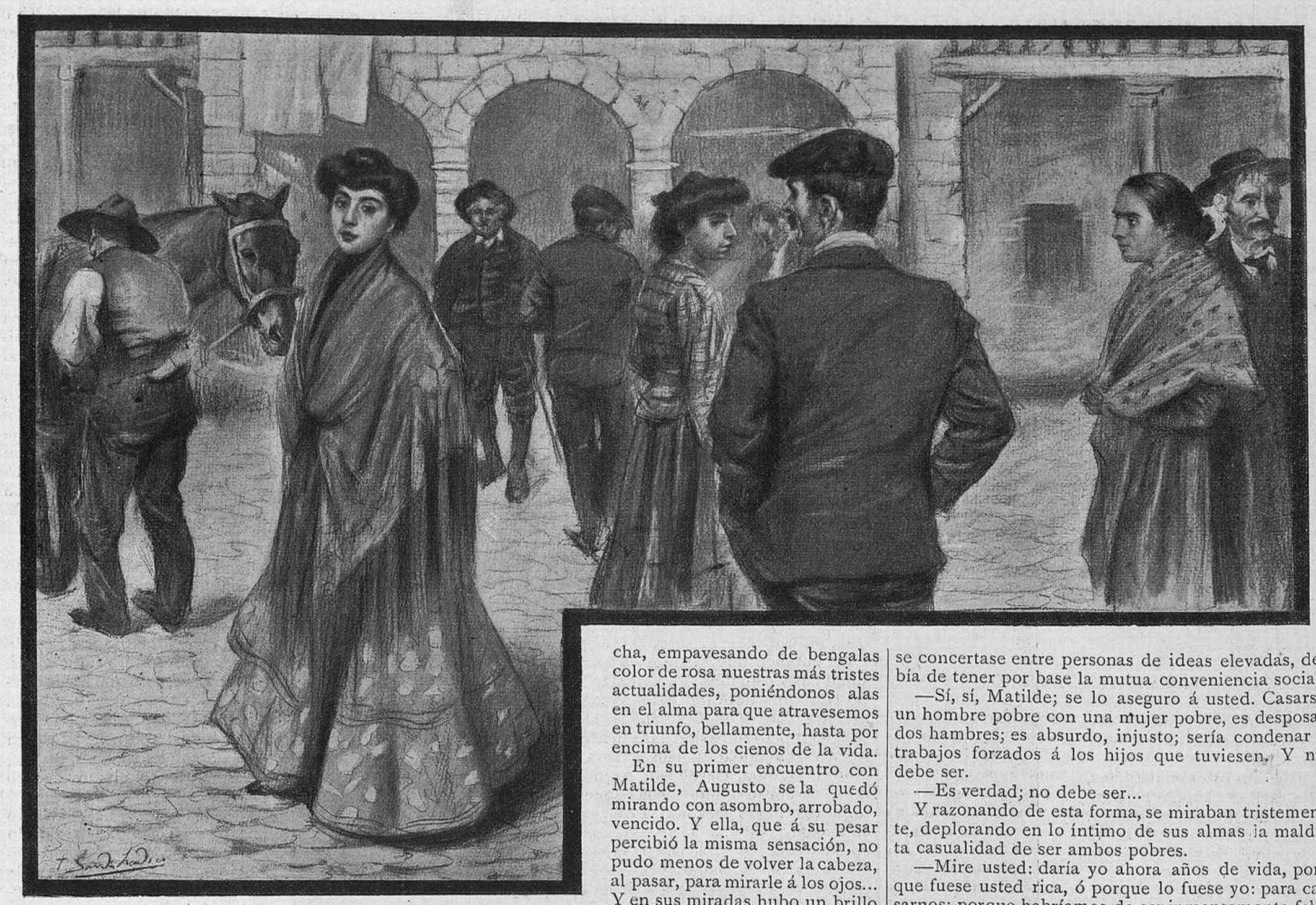
El pensamiento de la comedia es que en el propio esfuerzo y en la eficacia del trabajo, deben los hombres esperar su prosperidad y bienestar, y no en los ciegos y corruptores favores de la suerte.

Lo que en *Las Urracas* sobresale no es la fábula un poco artificiosa, no la pintura de los caracteres individuales, sino el conocimiento que el autor tiene del alma del pueblo, de sus virtudes y vicios, de sus miserias y esperanzas.

El público del estreno aplaudió mucho la comedia de Iglesias.

ZEDA.

(c) Ministerio de Cultura 2006



ALMAS MODERNAS

I

Lo mismo Augusto que Matilde pensaban á la moderna; la lección social que nos da crudamente la vida, se la sabían de memoria. Ambos estaban convencidos de que en los nuevos tiempos el romanticismo debe estar por debajo del positivismo, y de acuerdo con estas ideas de prosa áspera, pero sólida y brillante, habíanse formado el propósito de ir con el siglo, aunque para eso tuviesen que domar sus corazones y que acomodar su modo de sentir dentro de su manera de pensar.

Por eso Augusto, joven inteligente, activo, emprendedor, y Matilde, adorable muchacha de hermosura deslumbradora, extraordinaria, de las que constituyen excepción, tenían atrevidas aspiraciones matrimoniales, aunque los dos, por su origen humilde y por el medio ambiente social en que vivían, sólo conocieran del mundo el círculo de los luchadores honrados. El ensueño de ambos era el de llegar á salir algún día de la bella plebe.

Y los dos acariciaban sus doradas aspiraciones sin escrúpulo ninguno de conciencia. Él creía, con firme y digno convencimiento, que el hombre honrado, inteligente, trabajador y bueno, debe casarse con una mujer buena y honrada también, pero de más elevada posición social; siquiera de esa brillante posición que le deja á uno garantido un cómodo porvenir. Y ella pensaba lo mismo: la mujer hermosa, perteneciente á las clases humildes, debe brillar entre sedas: su hermosura puede y debe saltar osadamente, gallardamente, por encima de las vallas sociales.

Pero Augusto y Matilde eran pobres. El azar los puso un día frente á frente. Y sólo al mirarse la primera vez quedó afianzada la mutua simpatía: la gran sensación, la predilecta sensación les emocionó á los dos simultáneamente. Y como el amor no entiende de reflexiones ni de doctrinas, surgió. Por algo es un ramalazo de sensaciones augustas, poderosas, avasalladoras, exquisitas, que se percibe en el alma. Desde que se inicia, el pensamiento del amor domina á todos los demás pensamientos; lo llevamos siempre dentro de la frente, hasta en nuestros cuentos, dorándonos la vida, endulzándonos la lucha, empavesando de bengalas color de rosa nuestras más tristes actualidades, poniéndonos alas en el alma para que atravesemos en triunfo, bellamente, hasta por encima de los cienos de la vida.

En su primer encuentro con Matilde, Augusto se la quedó mirando con asombro, arrobado, vencido. Y ella, que á su pesar percibió la misma sensación, no pudo menos de volver la cabeza, al pasar, para mirarle á los ojos... Y en sus miradas hubo un brillo especial; eran esas intensas miradas que parece que brotan de lo hondo.

Desde entonces quedaron esclavizados los pensamientos de los dos. Ni él ni ella querían por eso imaginarse siquiera que aquello era amor. Según sus respectivos modos de pensar, el amor no era otra cosa que un convencionalismo facilitado y fomentado por una intensa simpatía mutua; nada más.

—¡Bah! Esta sensación pasará, se dijo él, por cierto después de media hora de pensar embebecido en ella; ¡pero debe ser tan agradable ser estimado por una mujer así!..

Y ella, mientras, pensaba:

—No sé; no sé qué es lo que tiene en los ojos. Pero no hubiera podido resistir á la tentación de volver la cabeza para mirarle.

Como es consiguiente, el otro día hicieron por encontrarse de nuevo, aunque ninguno de los dos tuviese otra idea que la incesante de satisfacer un capricho sin trascendencia. Y se vieron. Y nuevamente la gran sensación, ya más intensa aún, llamó á sus almas. Inconscientemente, á los cuatro días se saludaron sonriendo. Y, como no tenía más remedio que suceder, vino una ocasión, preparada, según ellos, por «la casualidad,» en que se pusieron al habla.

—Señorita... ¿Me permite usted que le haga una revelación?

—Usted dirá.

—¡Es usted muy hermosa; lo más bello que he visto en el mundo! No hubiera podido resistir á la tentación de decírselo. ¡Se me salían las palabras de la boca!

—Muchas gracias...

Ella, sonriente, halagada, sintiendo un inmenso placer en el alma, saludó y se alejó después, volviendo la cabeza para mirarle.

Y los dos suspiraron á un tiempo; con ese bello suspiro cursi que se eleva por el aire como el alma de una estrofa.

En lo sucesivo las conversaciones fueron más frecuentes. En la primera entrevista extensa que tuvieron se comunicaron sinceramente su modo de pensar: coincidieron en todo. Charlaban como dos íntimos amigos, como dos antiguos camaradas; expusiéronse francamente, noblemente, sus ideas respecto al amor, y convinieron, confesándoselo con una sinceridad dura, que les hacía daño, en que, dado el prosaísmo moderno, todo matrimonio que se concertase entre personas de ideas elevadas, debía de tener por base la mutua conveniencia social.

—Sí, sí, Matilde; se lo aseguro á usted. Casarse un hombre pobre con una mujer pobre, es desposar dos hambres; es absurdo, injusto; sería condenar á trabajos forzados á los hijos que tuviesen. Y no debe ser.

—Es verdad; no debe ser...

Y razonando de esta forma, se miraban tristemente, deplorando en lo íntimo de sus almas la maldita casualidad de ser ambos pobres.

—Mire usted: daría yo ahora años de vida, porque fuese usted rica, ó porque lo fuese yo: para casarnos; porque habríamos de ser inmensamente felices; ¿no cree usted que es verdad?

—¡Ay, sí; es verdad!.., decía ella.

Y ambos, apesadumbrados, tristes, bajaban la mirada al suelo, con dolor.

—Pues es menester que dejemos de vernos, se atrevió á decir ella por último.

—¿Por qué?

—Porque...

—¡No; eso no: tiempo habrá! ¿Qué importa que nos queramos? ¡Si nuestro cariño es platónico, cosa de momento! Sobre nuestra manera de sentir, está nuestra manera de pensar: por algo tenemos el cerebro más alto que el corazón.

Callaron. El silencio fué largo. No se miraban. Estaban sentados sobre un banco del paseo. Cuando ambos después levantaron la cabeza para mirarse nuevamente, los dos tenían agüilla de llanto neblinoso en los ojos.

—¿Llora usted?

—¿Llora usted?

—No; es que me emociono. No sé qué me pasa.

—Lo mismo me sucede á mí.

Nuevo silencio.

—Cualquiera diría que somos novios, y que nos queremos mucho, dijo ella.

—Y lo somos. ¿Acaso no? ¡Y nos queremos! Mal que nos pese, sí. Pero unos novios que tienen la seguridad de que no han de casarse, de que no deben casarse. Somos gente nueva...

Se levantaron. Pasearon luego largo rato. Él la acompañó hasta su casa. Ni á uno ni á otro les pasó por las mientes ni un momento la idea de que pudieran cometer un desliz. Sabían de sobra que eso no era posible. La idea del honor estaba en ellos por encima de todo.

Y así continuaron viéndose, queriéndose, de este modo singular. Cada vez era más entrañable, más inmenso aquel amor. Sin embargo, ni por un momento llegaron á pensar en la posibilidad de llegar al matrimonio.

Por último, ella fué más valiente. Un día le dijo á su novio:

—Mira, Augusto; he decidido una cosa. Es menester que dejemos de hablarnos y de querernos. Esta situación rara, difícil, tiene sus peligros. Y como eso no puede ni debe ser, lo mejor es un remedio radical.

—Es verdad, sí.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Por lo mismo he decidido que tú ó yo nos marchemos de la capital: el mundo es grande.

—Sí, tienes razón; me iré. Yo soy hombre, no tengo familia y dispongo por lo tanto de más medios de lucha. Acordado: me marcharé.

—¿Cuándo?

—Pronto; en seguida. Desde hoy empezaré á hacer los preparativos.

Llegó el día. A una hora previamente acordada, se vieron para despedirse.

—¡Adiós para siempre, alma mía de mi alma!

—¿Me querrás mucho, aunque te cases, aunque tengas hijos, aunque pasen muchos días y muchos años?.., dijo ella tímidamente, convulsa, llorosa.

—¡Te querré mientras viva! Te lo juro...

Estaban de pie, en la esquina de la calle. Era pleno día; la hora de más tránsito. En este crítico momento se oyó la campanilla del Viático. La gente se arremolinaba en las aceras, arrodillándose. Matilde y Augusto, instintivamente, cogidos de la mano, se arrodillaron también y ella le dijo á Augusto:

—¡Júramelo ahora! ¡Que me querrás siempre!

—¡Te lo juro!

—¡Y yo!

La gente iba levantándose á medida que el Santo Viático pasaba. Los novios se despidieron de prisa.

—Vaya, adiós.

—Adiós.

Cuando ya él estaba lejos, ella sacó el pañuelo para saludarle. Él hizo lo mismo. Luego, mutuamente, se lo llevaron á los ojos...

II

Después de un largo paréntesis de muchos años, un viejecito se baja de una berlina, en el paseo de coches de la Castellana, en Madrid, y se pone á pasear á pie, seguido de lejos por el lacayo.

Grato sol de estío templa la atmósfera. Son las once de la mañana.

El señor pasea á lento paso durante algunos minutos y luego, cansado ya, toma asiento en uno de los bancos del camino.

En el mismo asiento está una señora anciana, viendo jugar á unos niños. Otro coche les espera, parado, á corta distancia.

El caballero, al sentarse, saluda. Ella contesta inclinando la cabeza.

Se miran. Al principio, disimuladamente, con curiosidad; después con fijeza; por último, cara á cara, con asombro.

—Señora, perdone usted; creí conocerla...

—También me parece conocerle yo.

La ancianita tembló. Él, emocionado también, se inclinó un poco, aproximándose ligeramente hacia ella.

—Si fuese usted... Pero no; es imposible. Será una semejanza.

—Eso me parece también á mí. Debe ser una semejanza.

—¿Usted me permite que la pregunte?..

—Diga usted.

—¿Se llama usted Matilde?

—¡Augusto! ¿Es usted Augusto?

—¡El mismo, sí!

—¡Dios mío!..

—¡Dios mío!..

Se cogen de las manos; se miran con enternecimiento.

—¡Qué cambiada!

—¡Qué cambiado tú!

—¡Bendita seas!

—¡Bendito seas!

Lloran, sin querer. Intensa emoción, alegría inmensa, les embarga.

—¡Aún te amo, Matilde mía!

—¡Aún te adoro yo!

—Ya somos dos viejecitos... .

—Dos reliquias... Me casé, fuí buena, soy rica, tengo hijos, nietos; mira, Augusto, esos son, dijo señalando á los niños que jugaban en el paseo.

—Yo me casé también; yo soy rico también.

—¿Y feliz, lo fuiste?

—¿Feliz? ¡Bah!.. ¿Y tú?

—¡Bah!.. Feliz del todo, no. ¡Me he acordado de ti siempre! ¿Y tú de mí?

—¡Siempre!

Él, respetuosamente, le besa la mano. Ella llora.

De pronto, por la bocacalle próxima, desemboca en el paseo un coche, rodando lentamente; le siguen á pie varias personas con velas encendidas; un monaguillo va repicando la campanilla con augusto compás.

—¡El Santo Viático, Matilde!

—Dios...

Los viejos se ponen de pie. Después se arrodillan.

—¡Lo juro!, dice Matilde.

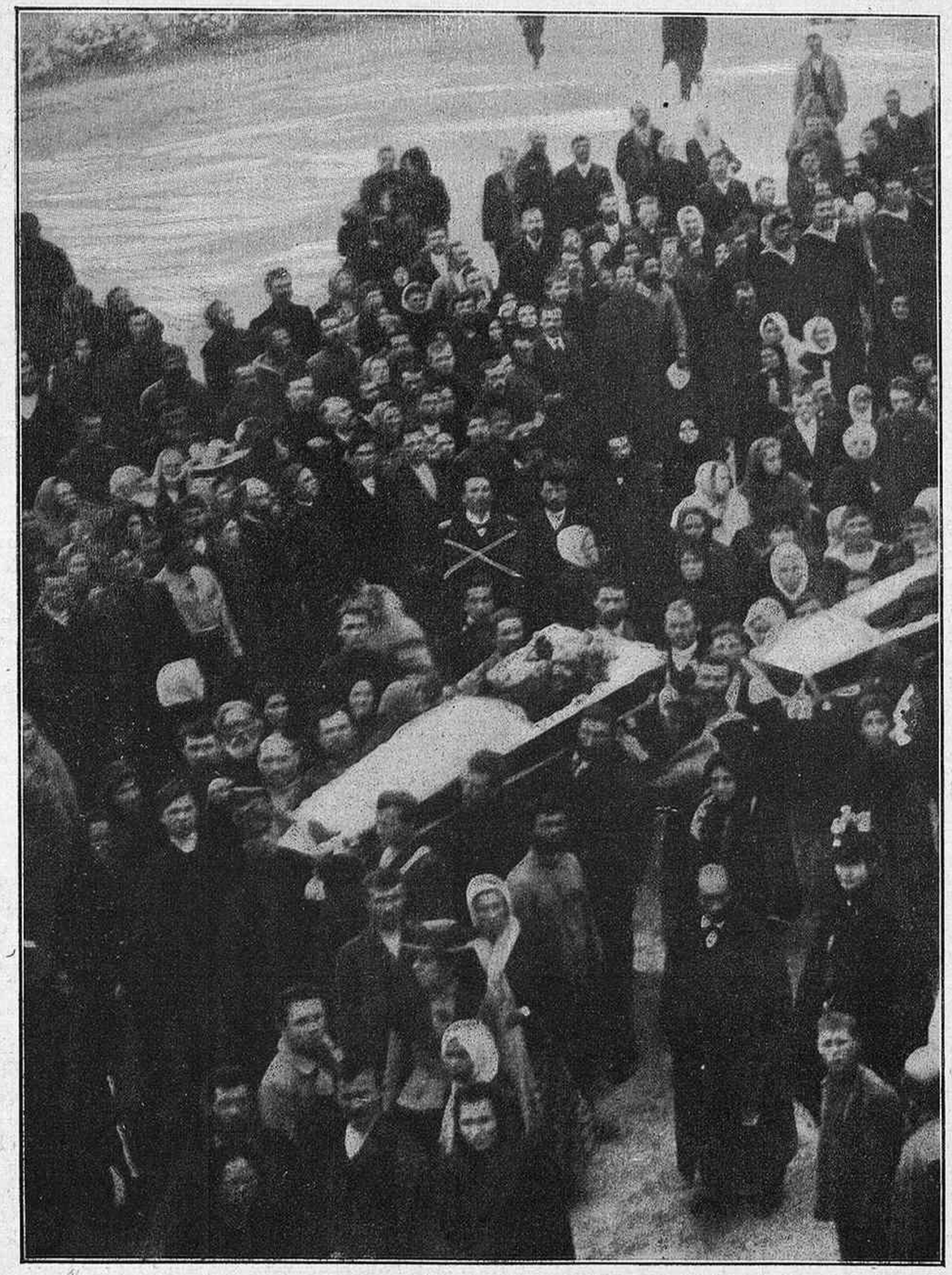
—¡Lo juro!, dice Augusto también.

Se levantan y quedan de pie abrazados estrechamente. Llorando.

Dios se aleja...

Francisco de la Escalera.

(Dibujo de Sardá.)



Disturbios revolucionarios en Rusia. – Sebastopol. – Entierro de las víctimas de las primeras matanzas. El personaje que en la fotografía tiene marcada una cruz blanca en el pecho es el famoso teniente Schmid que tomó el mando de los buques de guerra sublevados. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA

La situación del imperio ruso se agrava de día en día; huelgas, motines, sublevaciones militares, asesinatos, tales son los hechos que registra la prensa diaria y que se producen, no en una localidad, sino en distintas regiones, desde las grandes capitales hasta las más humildes aldeas, lo mismo en las ciudades que en los campos, así en los centros industriales como en los territorios agrícolas.

De las huelgas, la más importante es, sin duda, la de los empleados de correos y telégrafos que ha estallado en San Petersburgo, en Moscou, en Livonia y en otros muchos puntos. Las relaciones telegráficas de Rusia con el resto del mundo comienzan y terminan en Wirballen, ciudad de la Polonia rusa situada en la frontera de Prusia; desde allí hasta San Petersburgo los telegramas son conducidos por ferrocarril. El gobierno prende á los jefes de los huelguistas, pero éstos nombran nuevos comités y la huelga continúa, si bien con caracteres menos graves que en un principio, gracias á los empleados que no han abandonado sus puestos y á los voluntarios que se han prestado á realizar los servicios. En Moscou parece que en breve terminará la huelga porque los banqueros han ofrecido satisfacer durante tres meses el aumento de sueldo que los huelguistas reclaman.

En Varsovia la huelga no se ha limitado á los funcionarios del ramo de comunicaciones, sino que ha sido general, entrando en ella hasta los criados de las casas particulares; los huelguistas han detenido los tranvías, suspendiendo todo el movimiento de la ciudad.

En Riga, la huelga ha sido también general, habiendo cesado no sólo toda circulación, sino además el servicio del alumbrado de gas y electricidad. Delante del castillo, de la cárcel y de las casas de banca hay apostadas ametralladoras; los revolucionarios han proclamado allí la república lituania y los aldeanos se niegan á pagar los impuestos. Toda la Lituania eslava, desde Riga hasta Dorpat y Reval, se halla en plena insurrección.

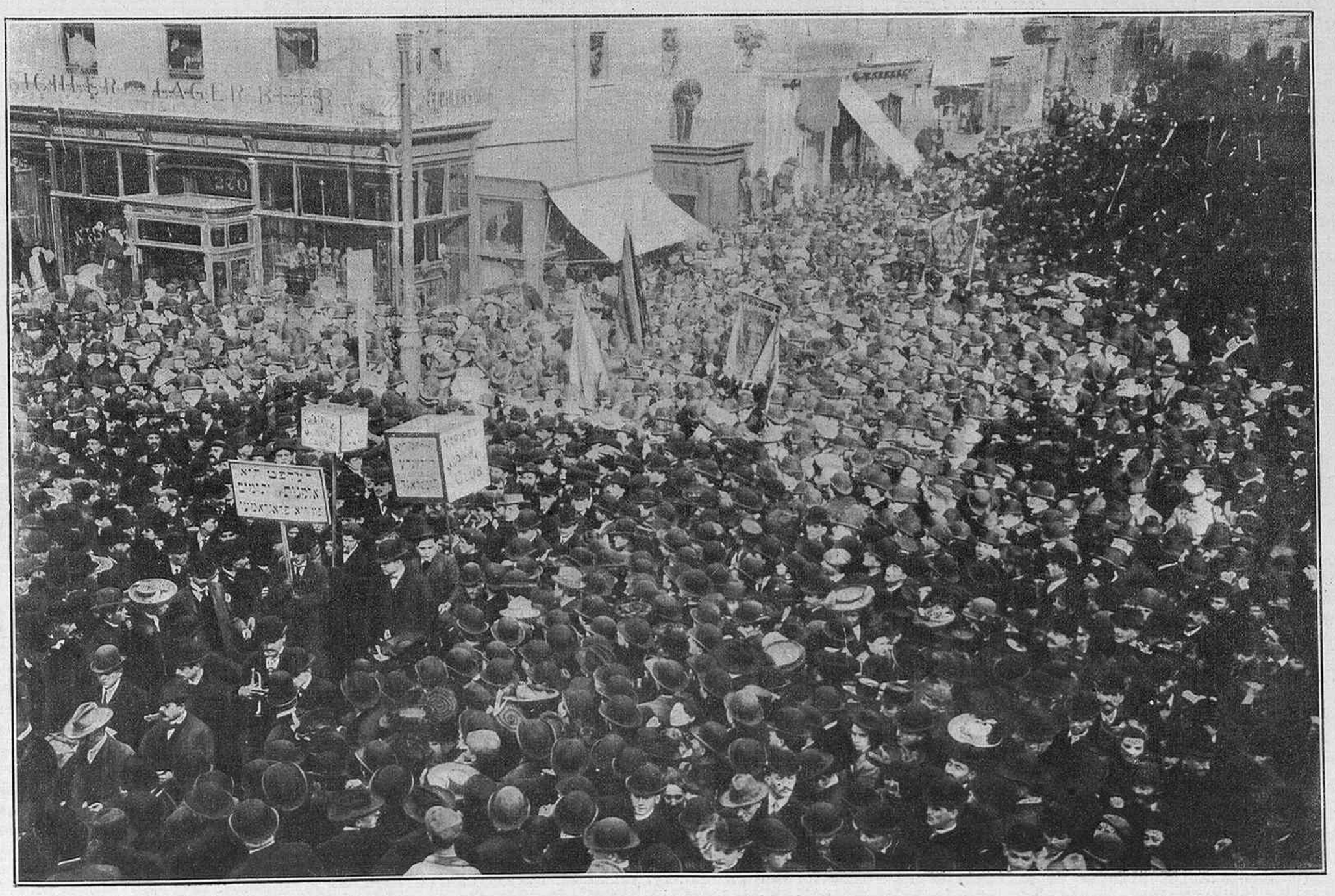
En Grodno se declaran en huelga los miembros de la policía; en Kerholm se amotinan dos compañías de infantería, y en Riazán varios soldados han recorrido calles con banderas rojas.

El ejército de la Mandchuria hállase también insurreccionado en gran parte, y el general Linevitch se declara impotente para reprimir el movimiento revolucionario, que cada día adquiere mayor incremento entre aquellas tropas.

En Saratof ha sido asesinado el gobernador de aquella provincia, general Sakharoff. Hallábase trabajando en su despacho cuando le anunciaron que una señora quería hablarle; recibió el general á la desconocida, que iba vestida con elegancia, y que después de exponer el objeto de su visita, que era solicitar un auxilio por haber sido saqueadas sus propiedades, le entregó un memorial. Mientras Sakharoff lo leía, la dama le disparó tres tiros de revólver; el general se incorporó y quiso detener el brazo de la dama, pero ésta consiguió hacerle un cuarto disparo. El gobernador se refugió en una pieza inmediata, en donde falleció casi inmediatamente; tenía heridas en el corazón, en un pulmón, en el brazo y en la espalda. La asesina fué detenida en el acto, y al serlo exclamó: «¡Ya no torturará más á los aldeanos!» Pocos días antes, Sakharoff había escrito á su esposa una carta en la que le decía, entre otras cosas: «En los diarios de Moscou se afirma ya que he inundado en sangre el gobierno de Saratof; pero esto es una calumnia completa, porque, por orden formal mía, no se ha disparado un solo tiro, ni se disparará ninguno, Dios mediante.»—R.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Disturbios revolucionarios en Rusia.—El estado de sitio en Varsovia.—Patrullas de caballería recorriendo la ciudad.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Nueva-York.—Manifestación monstruo de los judíos para protestar contra las matanzas de sus correligionarios en Rusia.
(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

(c) Ministerio de Cultura 2006

30 de diciembre de 1870

El día 30 de este mes se cumplen treinta y cinco años de la muerte del general Prim. El día 27, al salir de la sesión del Congreso de los Diputados, al llegar su carruaje á la calle del Turco, fué detenido por otros dos, uno atravesado deliberadamente y otro que llegó en aquel momento. Entonces se acercaron al que conducía á Prim seis hombres, tres á cada lado, armados de trabucos, y los seis dispararon á tiempo que el general y su ayudante Nandin intentaban ocultarse en el fondo del vehículo.

Las heridas eran mortales. Tres días después sucumbía aquel grande hombre que tanto había influído en vida en los destinos de nuestra patria y cuya muerte fué también un hecho trascendental en el curso de nuestra historia contemporánea.

Con motivo de tan triste aniversario, creemos de oportunidad la publicación del siguiente interesantísimo artículo con que nos ha honrado el distinguido publicista Sr. Fabré y Oliver.

EPISTOLARIO DE PRIM

Al poco tiempo de haber leído en los periódicos que había muerto en Madrid el juez de la causa que se instruyó cuando el asesinato del general Prim, cuya impunidad se explicaba el público de una manera novelesca, en ocasión de buscar en el archivo de la Biblioteca-Museo Balaguer ciertos papeles curiosos de la sección de autógrafos, me hallé con varias cartas del malogrado general, que leí con gusto. Todas las cartas de Prim son interesantes por su forma y por su fondo. Por su forma lo son, ya que es generalmente descuidada la ortografía, pero el lenguaje es vivo, lleno de color, apasionado, enérgico. El fondo es intencionado, arrogante, como del hombre acostumbrado á mandar, á vencer, á arrollarlo todo. La letra y la firma son desiguales, con la particularidad de que en una de las cartas que habla de asuntos militares, escrita en el campamento cuando la guerra de Africa, el trazo es finísimo y suelto, sin que tenga la letra el cuerpo acostumbrado.

Omitiendo ciertas cartas confidenciales y particulares, transcribo algunas que tienen interés histórico, copiándolas literalmente:

GOBIERNO DE CÁDIZ
Particular
—
Cádiz, 20 septiembre 68.

«Mis buenos amigos Montejo y Pau: La fecha de esta carta les hace palpitar á ustedes el corazón; lo veo desde aquí.—Martínez les contará á ustedes lo que ha visto y como estoy.—Tengo el triunfo por seguro.—Sirva ésta para el amigo Quintas. Les quiere á ustedes su amigo.—PRIM.»

Cartagena, 29 septiembre 68.

«Cher Montejo, Pau y demás amigos: Todo va bien. Llegué aquí con la escuadra: el gobernador quiso defenderse, pero cuando vió que híbamos á forzar el arsenal se marchó llevándose toda la guarnición y dejando abandonados hasta el Presidio. Por

EL GENERAL PRIM,
copia de una fotografía hecha en 1869

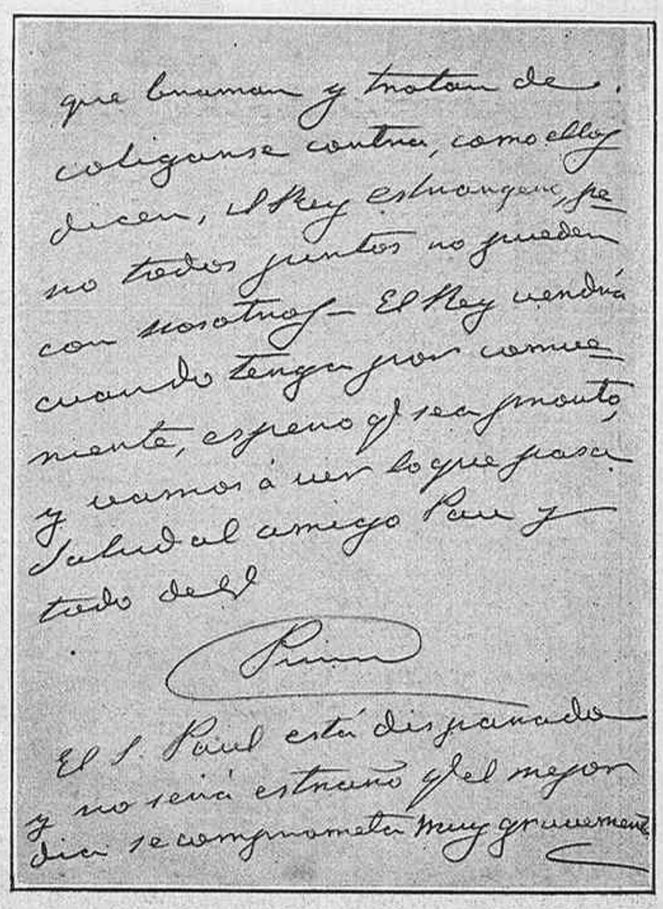
fortuna que el Pueblo, sensato como en todas partes, ha estado muy ordenado y por lo tanto ha cuydado los intereses que el ex Gobernador debiera haber cuydado. La guarnición que dicho señor se llevó ha empezado á bolver; en este momento recibo noticias que dentro dos horas estarán aquí todos. Pasado mañana ó al día siguiente saldré con la escuadra para Cataluña.—El gobierno de Madrid en la agonía y de un momento á otro puede desaparecer. Aquí me encuentro con un buque Inglés apresado hace unos días con tabaco. He mandado poner en libertad á la tripulación y que se entregue el buque al Sor. Cónsul de Englaterra.—Supongo que el amigo Martínez habrá llegado ahí sin novedad.—Hágame usted saber cuándo se apercibió Longinos de mi salida.—Mis afectos al amigo S. Quintas y compañero.—La única fragata que quedaba por pronunciar, Princesa de Asturias, se me reunió el día que llegué á la vista de Cartagena.—Milans queda aquí de Gobernador Militar, por ahora. Adiós, mis amigos. Adiós, et tout á vous.—PRIM »

»Sírvase hir uno de ustedes á ver á Mr. Gallengo —redactor del Tiempo, 17. James St. Buckingham gate—y darle mis noticias.»

La carta que voy á copiar ahora supongo que va dirigida á Montejo, bien que no lleva dirección. La posdata referente á Paul y Angulo, á quien acusan algunos señalándole como el que dió la voz de *fuego* á los cobardes asesinos del general Prim en la calle del Turco, tiene un interés extraordinario, sobre el cual sería ridículo insistir. Prim no desconocía la gravedad de la situación que atravesaba, ni la tempestad de odios en que se agitaba, pero con la venida del rey Amadeo esperaba una era de paz y de prosperidad para el país.

MINISTERIO DE LA GUERRA
—
Madrid, 3 octubre 70.

«Mi estimado amigo: Hace días que tengo voluntad de escribir á usted, y dejé de hacerlo por falta de tiempo.—Recibí su última anunciándome haber depositado valores por 150 $ pesos, como recibí los



AUTÓGRAFO DEL GENNERAL PRIM

talones, y por cierto no puede ser más sencillo tratándose de sumas importantes.—Ahora necesito se sirva usted decirme cuándo se cobran los intereses y qué intereses se cobran, así como el valor de esos 150 $ si se vendiesen hoy en esa plaza y por lo tanto á cómo están.—Supongo que la comisión de las Cortes entra hoy en Florencia y que mañana ó pasado se presentará al Rey electo y aceptará la corona oficialmente.—Los partidos estremos están aquí que braman y tratan de coligarse contra, como ellos dicen, el Rey extrangero, pero todos juntos no pueden con nosotros.—El Rey vendrá cuando tenga por conveniente, espero que sea pronto, y vamos á ver lo que pasa. Salud al amigo Pau y todo de usted.—PRIM.»

»El S. Paul está disparado y no será extraño que el mejor día se comprometa muy gravemente.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

Este breve epistolario del general Prim delínea, con gran relieve histórico, el personaje. Aquí sí puede decirse que el estilo es el hombre. La concisión, la rapidez de exposición, es extremada; todo, todo es acción. Habla el caudillo de lo que ha hecho y de lo que va á hacer con una seguridad, un aplomo y una confianza en sí mismo extraordinarias. Trata de hacer una revolución; explica cómo se lleva á efecto; instaura una dinastía; da un rey al país y habla de estos asuntos con la sencillez épica de los héroes antiguos, sin filosofías ni disquisiciones, sin discreteo alguno, porque Prim no era quien escribía la historia de España, sino quien la hacía.

***

La forma literaria, el atildamiento gramatical, no existen para los hombres verdaderamente geniales y creadores. Espíritus sintéticos, imaginan las cosas en conjunto sin preocupaciones del detalle, y atentos á la idea, no paran mientes en primores de forma ó de lenguaje, que es lo externo, ó mejor aún, una pequeña parte de lo externo, ya que el lenguaje hablado ó escrito no es toda la revelación externa de los hechos originados por las ideas. Si la Historia es maestra, España debe aprender en ella estudiando el pasado, para buscar un porvenir glorioso que haga olvidar las negruras contemporáneas. Debemos apartarnos de las sirenas políticas que fascinan los pueblos y adormecen generaciones enervándolas con raudales de oratoria. Cuando España ha sido grande, potente y próspera, no había en ella hombres de brillantísima palabra, sino hombres de acción como Carlos V, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria.

Por eso los documentos históricos más dignos de estudio deben ser los que emanan de los hombres impulsores, porque éstos, sintiéndose fuertes, conscientes del propio valer, no buscan en la forma y en el lenguaje argucias con que hacer aparecer valiente y grande el cobarde y mezquino pensamiento.

Si la grafología es ciencia, examinen los grafólogos el autógrafo de Prim que reproducimos, tomado de la página más interesante de sus cartas. Este autógrafo está escrito cuando Prim era árbitro de España, en la madurez de su talento, rodeado de la aureola militar ganada en Africa y los prestigios diplomáticos de México; es una página escrita días antes de morir, en la cual habla de un enemigo y presiente el horror de la muerte...

J. Fabré y Oliver.

DESCUBRIMIENTO DEL TRIBUNAL IMPERIAL

EN EL FORO ROMANO

Las investigaciones practicadas para descubrir el Tribunal Imperial por iniciativa del ingeniero J. Boni, director de las excavaciones que se llevan á cabo, desde hace tanto tiempo, en el Foro Romano, han dado en estos últimos días los favorables resultados que se esperaban.

El Tribunal Imperial recientemente descubierto en el Foro Romano. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

En efecto, se ha descubierto completamente el piso de sílice, de veinte pies romanos de ancho por cuarenta de largo, que presenta todavía restos de mosaico polícromo hecho con pequeños cubos de mármoles orientales, y la bóveda estucada, derruída á principios del siglo IV cuando se sacrificó el Tribunal á las columnas honorarias.

El descubrimiento del Tribunal Imperial es consecuencia de otro descubrimiento anterior, el de los *Plutea Trajani*, bajos relieves ya conocidos; las proporciones arquitectónicas de éstos hicieron nacer la suposición de que no podían decorar los *Rostros Imperiales* y sí el sitio en donde actuaba el *Praetor Maximus*, es decir, el *Tribunal Principatus*.

Según esta opinión, los *Anaglypha* representan al emperador en los *Rostra Divi Julii*, en los *Rostra Augusti*, y en el *Tribunal*, en el ejercicio de su magistratura *in urbe, pro Italia atque Provinciis*.

La posición de los *Plutea Trajani* sugirió, pues, la hipótesis de que el Tribunal Imperial debía alzarse en el frente oriental del famoso lago de Curtius, lugar verdaderamente digno del pueblo que había extendido sus leyes al mundo entero.

En las fotografías que he tomado se reconocerá fácilmente el sitio en donde estaba situado el Tribunal; es el espacio que limitan á la derecha la mesa del dibujante de las excavaciones y á la izquierda

Roma.-El rey Víctor Manuel visitando el Tribunal Imperial recientemente descubierto

por las tablas con que los obreros cubren el pavimento después de la visita de Su Majestad el rey Víctor Manuel, á quien tuve la suerte de encontrar y fotografiar á la salida del Foro, cerca del Arco de Tito.

El rey, que es muy competente en todo lo que concierne á arqueología y á numismática, se acordaba perfectamente de la historia de los *Plutea Trajani*, que, como hemos dicho, han sido el punto de partida del descubrimiento del Tribunal Imperial. Estos bajos relieves, hallados hace algunos años junto al Arco de Septimio Severo, representan á Trajano presidiendo la distribución de bonos gratuitos de víveres para los pobres, recibiendo el mensaje de gratitud de los delegados italianos y haciendo quemar los registros de los impuestos en beneficio del pueblo.

Carlos Abeniakar.

Roma, diciembre de 1905.

LA PRINCESA VICTORIA EUGENIA

DE BATTENBERG

Los periódicos oficiosos han dicho, sin que la noticia haya sido desmentida, que en breve se anunciará la boda de nuestro monarca D. Alfonso XIII con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg; en todas las ilustraciones extranjeras que han publicado el retrato de ésta se hacen comentarios sobre tan fausto suceso; y los diarios insertan estos días significativos telegramas de Londres y de Roma en que se insinúan las gestiones que se realizan para preparar la conversión de la futura desposada al catolicismo. Todos estos hechos justifican nuestra publicación del retrato de la bellísima y simpática princesa.

Victoria Eugenia de Battenberg nació en Balmoral en 24 de octubre de 1887, y es hija del príncipe Enrique, que murió en 1896 en Sierra Leona, y sobrina, por consiguiente, del rey Eduardo VII de Inglaterra. Fué la nieta predilecta y la inseparable compañera de la reina Victoria hasta los últimos días de su vida.—X.

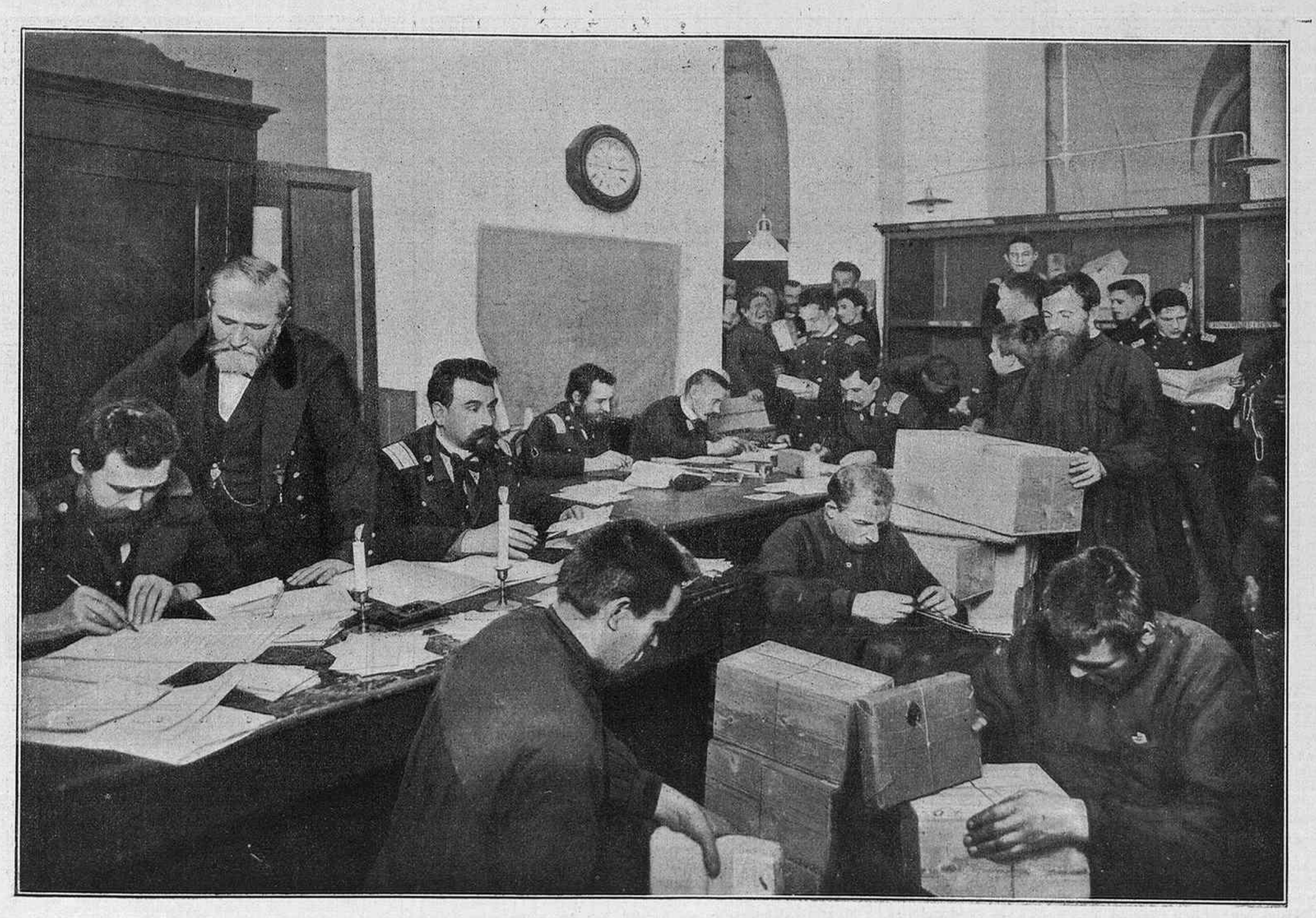
(c) Ministerio de Cultura 2006

Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Llegada de los trenes con valores á Wirballen, frontera prusiana. (De fotografía de Bulla.)

Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Envío de paquetes postales de la estación de Varsovia á San Petersburgo con escolta militar. (De fotografía de Bulla.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Salida de una expedición postal del Palacio de Correos con escolta de gendarmes. (De fotografía de Bulla.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Presidiarios que prestan servicio, en substitución de los huelguistas, en el Palacio de Correos de San Petersburgo. (De fotografía de Bulla.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL

EN 1905

En el número último publicamos los nombres de los que este año han merecido los premios de la fundación Nobel. En el presente publicamos los retratos de cuatro de ellos: los de los sabios profesores Koch y Baeyer, el del ilustre novelista Sienkiewicz y el de la eximia escritora Berta de Suttner.

MONUMENTO Á BARA

OBRA DE GUILLERMO CHARLIER

En el número 1.211 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de este renombrado escultor belga. Ocioso nos parece, pues, tratándose de un artículo tan reciente, repetir lo que entonces dijimos acerca de la personalidad de este artista, y nos limitamos por ende á reproducir, con motivo de publicar el adjunto monumento, una de sus últimas obras, los elogios que en aquella ocasión le dedicamos.

Profesor Roberto Koch

Berta de Suttner

Profesor Baeyer

Enrique Sienkiewicz

LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL EN EL PRESENTE AÑO DE 1905

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – La «Sociedad Artística y Literaria» ha celebrado recientemente su exposición anual correspondiente al año 1905. En ella figuraban: varios paisajes de Modesto Urgell, intensamente poéticos, como todos los que produce este ilustre maestro: de Ricardo Urgell, *Mala verbena* y *Miseria*, de hermoso realismo y sobriamente pintados; *Mercat de Ripoll*, *Ball de nit*, *Impressió del eclipse*, un retrato y varios bocetos, con bellísimos contrastes de luz y sombra y llenos de vida y movimiento; dos admirables dibujos de Tamburini, *Marzo y Enero*, y tres cuadros, *Maris Stella*, en que se mezclan hábilmente el naturalismo y el saber místico; *Visita als morts*, genuinamente simbolista, y *En el campo*, delicada impresión de la naturaleza: de Brull, varias testas y medias figuras de encantadora poesía, una bellísima escena de familia, *Rondalla*, y otros lienzos no menos dignos de elogio; dos magistrales paisajes de Galwey; cuatro paisajes, varios estudios y un grupo de flores de Tolosa, que son una prueba más del talento de tan notable artista; dos estudios de Cortés y Riera, hondamente sentidos y sinceramente ejecutados; *Cassera eterna*, composición fantástica y simbolista del reputado pintor Soler de las Casas, un interior delicadamente detallado de Buenaventura Casas; y *El amor que pasa*, simpática nota, bien compuesta y correctamente ejecutada, de M. Fuster.

– En el propio Salón han expuesto últimamente: Sebastián Junyent una notable colección de paisajes, retratos y tipos de gitanos; Andrés Larraga una Virgen, poéticamente concebida y delicadamente pintada; Waldemar Thorn varias marinas muy recomendables; Antonia Farreras un hermoso grupo de flores; y Eusebio Arnau un suntuoso jarrón esculpido en mármol blanco.

Establecimiento de Esteve, Figueras y Sucesores de Hoyos. – El celebrado pintor Antonio Utrillo ha expuesto recientemente una colección de apuntes al óleo y dibujos al cartón, que tienen por tema principal el tipo de nuestras simpáticas modistillas. El artista ha sabido tratar este asunto con singular habilidad, de un modo sincero y con verdadera distinción, cualidades que prestan grandes atractivos á sus producciones de este género.

Espectáculos.—PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Jeunesse*, comedia en tres actos de Andrés Picard, y *Le mari qui faillit tout gâter*, comedia en un acto y en verso de M. S. Guitry; y en la Comedia Francesa *Reveil*, comedia en tres actos de Pablo Hervieu.

BARCELONA. – En el teatro Principal (Espectacles audicions Graner) se ha estrenado con gran éxito *La nit de Nadal*, visión musical en cinco cuadros, letra de F. Casas y Amigó, música del maestro Lamothe de Grignón y decorado de los escenógrafos Vilomara y Junyent. En el propio teatro se ha estrenado también con buen éxito *Carmosina*, comedia en tres actos de Alfredo de Musset, traducida al catalán por J. M. Nadal

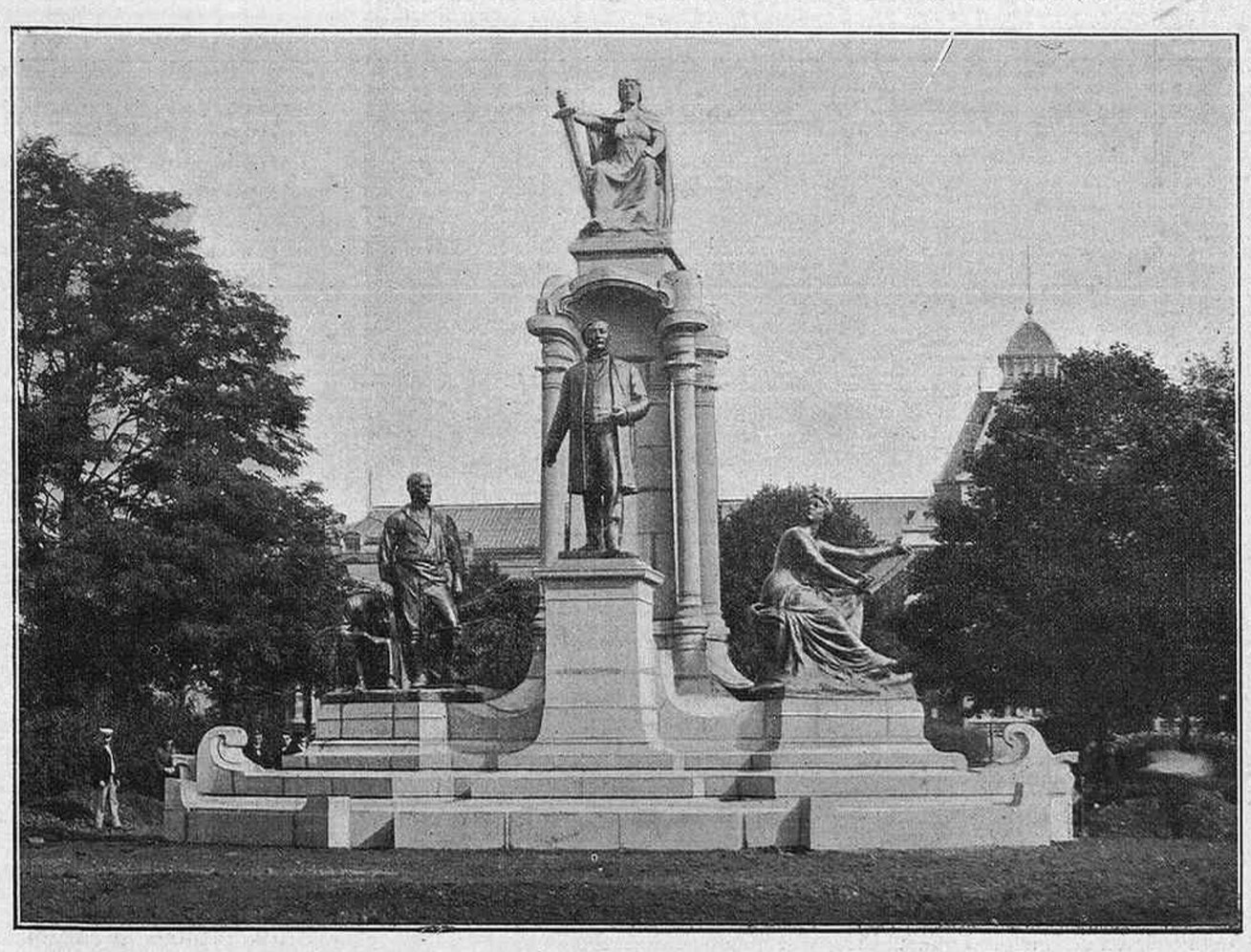
– En el Liceo se ha cantado la ópera *Lorenza*, del maestro Mascheroni, en cuya ejecución han alcanzado muchos aplausos la Sra. Carelli y los Sres. Mariacher y Sanmarco, que en unión del autor, director de la orquesta del teatro, fueron llamados repetidas veces á la escena al final de cada acto.

– En el teatro de Novedades ha dado dos conciertos el notable violinista polaco Pablo Koschanski, tocando difíciles piezas de Bach, Mendelssohn, Paganini, Tchaikowski, Zarzicki, Wieniawski y Sarasate, en todas las cuales ha demostrado la flexibilidad y el vigor de su arco, la agilidad de su mano, gran sentimiento musical y sobre todo una ejecución prodigiosa.

Associació Wagneriana. – La primera audición de la serie IV del ciclo de Beethoven ha sido un verdadero acontecimiento musical del que guardarán perdurable recuerdo los amantes de la buena música. El programa se componía de las sonatas para piano, op. 110 y 57; de las canciones *Adelaida*, de Matthisson (op. 46), y *Mignón* y *Daler*, de Goethe (op. 75 y 83 n.º 2); de la colección de seis canciones de Gellert (op. 48) y de la colección de seis canciones de Jeittells (op. 98). Las dos sonatas fueron ejecutadas admirablemente por la célebre pianista María Luisa Ritter, y las canciones fueron interpretadas por la eminente artista María Pichot de Gay de una manera maravillosa, con un sentimiento, con una sobriedad, con un respeto tan grande á la obra del gran maestro de Bonn, que toda alabanza resulta poca. La letra catalana de las canciones ha sido perfectamente traducida del alemán y aplicada á la música por Javier Viura y Joaquín Pena. Tanto la Srta. Ritter como la señora Pichot fueron objeto de grandes y repetidas ovaciones.

Pocos días antes habían dado en la propia asociación un notable concierto las señoritas D.ª Carmen Aznar (pianista) y D.ª Eva Wiederkehr (pianista): la primera tocó piezas de Beethoven, Rubinstein, Paderewski y Chopin, y la segunda, acompañada por aquélla, cuatro obras de Handel, Schumann, Kes y Mozart, alcanzando una y otra muchos y muy merecidos aplausos con que el auditorio premió sus excelentes dotes de concertistas y de intérpretes de los grandes maestros.

Academia Granados. – En esta Academia se ha celebrado una sesión de sonatas de Bach, Handel, Leclair, Beethoven y Scarlatti, cuya ejecución estuvo encomendada á los violinistas D. Juan Frígola y D. Antonio Brossa, discípulos del señor Ainaud, y al pianista D. Ricardo Vives, discípulo de la Academia, quienes, á pesar de sus pocos años, demostraron poseer una sólida educación artística y excelentes dotes de concertistas.



MONUMENTO Á BARA ERIGIDO EN TOURNAI, obra de Guillermo Charlier

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Roberto Billwiller, meteorólogo suizo, organizador del actua lservicio meteorológico en Suiza y director del Instituto Central de Meteorología de Zurich.

Dr. Enrique Bulthauph, poeta y dramaturgo alemán.

Julio Oppert, orientalista alemán, explorador de las antiguas ruinas de Babilonia, profesor de Asiriología del Colegio de Francia, miembro de la Academia de Inscripciones francesa, autor de varias obras importantes.

Mme. Galli-Marié, notable cantante francesa, creadora del papel de protagonista de la ópera *Carmen*, en Bizet.

Fernando, barón de Richthofen, célebre geógrafo, geólogo y explorador alemán.

Carlos Szasz, poeta húngaro, miembro de la Academia húngara, autor de varias epopeyas, dramas y poesías líricas y de bellísimas traducciones de Dante, Shakespeare, Moliere, Goethe, Schiller, Víctor Hugo, Lamartine, etc.

El príncipe Sergio Trubetzkoi, rector y profesor de Filosofía de la Universidad de Moscou, autor de varias importantes obras sobre historia de la filosofía.

Dr. Walter Wislicenus, astrónomo alemán, profesor de la Universidad de Estrasburgo, autor de varias obras de astronomía.

W. P. Amalicki, geólogo polaco, profesor de la Universidad de Varsovia y director del Instituto Geológico del Politécnico de la misma ciudad.

Mariano de Carvalho, hombre de Estado, escritor y periodista portugués.

Dr. Ralph Copeland, astrónomo inglés, profesor de Astronomía de la Universidad de Edimburgo, director del Real Observatorio de Blackford Hill.

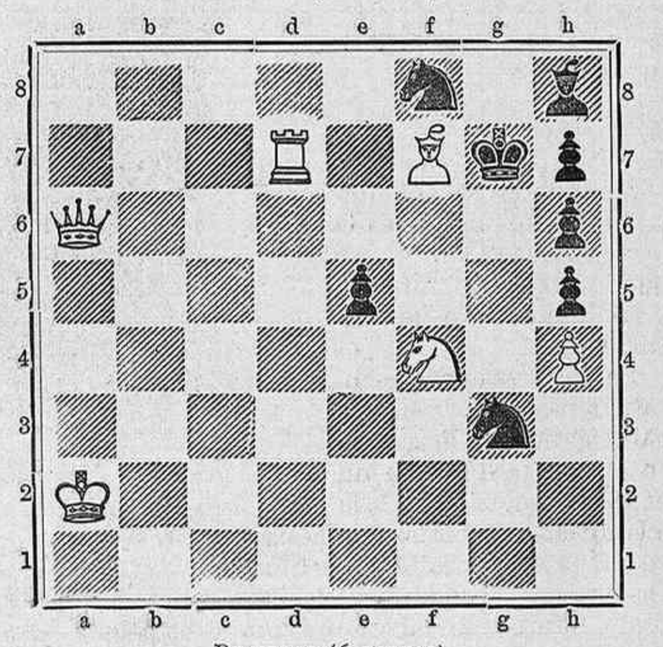
Juan Herterich, pintor bávaro, profesor de la Academia de Munich.

BOUQUET FARNESE 29, Bd des Italiens. VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 410, POR F. WARDENER.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 409, POR J. MÖLLER.

Blancas.	Negras.
1. D d 5 – g 8	1. T a 5 – a 3
2. D g 8 – g 1	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1..... c 5 × d 4; 2. D g 8 × c 4 jaque, etc.
1..... C b 2 juega; 2. C e 3 – d 1 jaque, etc.
1..... R c 3 × d 4; 2. D g 8 – d 5 jaque, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. C e 3 – d 5 jaque, etc.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA DAMA VERDE

Novela de Joseph L'Hopital. — Ilustraciones de Georges Scott

(conclusión)

—Creo que los he gratificado con un «canguelo» serio, dijo encantado el alférez. He bajado toda la escalera mayando de un modo desgarrador, y he estado lo menos dos minutos imitando á su puerta la lucha de un perro y un gato. ¿Quieren ustedes apostar á que mañana nos creen salidos de las garras del diablo?

—Es posible... Pero, entre tanto, se trata de acostarse. ¿Saben ustedes que son cerca de las once? Yo me instalo en la cama de la señora, es evidente. Precisamente hace un hoyo en medio... Planto en él mi colchón... y al pelo.

Chamereuil puso mala cara.

—Mi capitán, es usted un egoísta, pues de ese modo no habrá cama más que para usted. Yo también quiero acostarme en la cama de la señora... ¿Y usted, Kerdec?

El teniente estaba confuso y descontento de sí mismo; y por otra parte, la alegría un poco burda de sus compañeros le ponía nervioso. Se esforzó, sin embargo, por tomar un tono de broma para responder:

—Yo no tengo derecho á cama, puesto que les he dejado á ustedes todo el trabajo. Todo lo que merezco es un colchón en el suelo, y estaré en él muy bien.

En menos de diez minutos estuvo todo preparado. El capitán, que se había adjudicado las sábanas y la almohada, se acostó arrojando un suspiro de satisfacción, y Chamereuil se acomodó al otro lado del hoyo de la cama. Kerdec arrimó su colchón al arcón de boda. El capitán, entonces, dijo con voz de mando:

—¿Estamos? Entonces, buenas noches. Sople usted la vela, Chamereuil; y si viene la dama verde á instalarse entre los dos, trate usted de despertarme, tunante...

XI

Sentado en su colchón y con la espalda apoyada en el arca, Kerdec se quedó pensativo mirando y escuchando en la obscuridad.

La tempestad se desencadenaba y la ventana parecía un ojo luminoso en el que pestañeaba un párpado negro. A cada relámpago, el extremo de la cama, con sus colgaduras de catafalco, la blanca chimenea, con la mancha obscura de su cuadro, y el perfil gótico de un alto sillón, surgían de la sombra, mientras que la tenue osamenta del torno aparecía y desaparecía como un insecto posado en la pupila de aquel ojo extraño.

—¡Pobre mujer!, pensaba Kerdec. Ha vivido y sufrido realmente en esta cámara; la leyenda es cierta; no puedo dudarlo. ¡Cuántas veces se habrá sentado, antes de morir, en el banco de piedra, junto á esa ventana, enfrente de su rueca!.. ¡Cuántas veces habrá escuchado, como yo en este instante, los gemidos del viento, el rugido del trueno y el triste ruido de la lluvia, que acompañaban su llanto!.. Me parece estarla viendo... ¿Por qué escogía ese sitio para hilar en su rueca?.. Fuera, colgado del garfio, se columpia un cadáver, que pasa y vuelve á pasar por delante de sus ojos enrojecidos; y el otro, el que se ha vengado, la mira desde la altura de su marco con una ironía de triunfo... ¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado ella por no mirar más esa ventana ni sufrir el tormento de ese retrato!.. ¡Imposible!.. Amor, remordimiento, desesperación, castigo, todo se unió contra ella; y allí vino siempre á sentarse...

La dama verde se detuvo cerca del suelo, al que no tocó, y se quedó como suspendida

Kerdec se iba enterneciendo, y la triste poesía de sus arenales bretones le subía del corazón á los ojos como un sollozo. Las historias oídas en la infancia, de las que su juventud conservaba un confuso recuerdo, daban vueltas en su memoria como una ronda de Korriganes en el acantilado, al ruido del Océano; y todas las almas atormentadas con que la imaginación soñadora y la fe melancólica de los hijos de Amor han poblado los brezos y las ruinas, se fundían y se unificaban en una sola imagen, todavía vaga é indistinta, la de la prisionera misteriosa cuya vida le había revelado aquella cámara respetada hacía siglos por la tradición de una familia y por el espanto de una leyenda, y cuyo doloroso martirio estaba cierto de haber sorprendido. Un raro escalofrío recorrió su cuerpo; un escalofrío de miedo, y al mismo tiempo de deseo. Con la frente bañada en sudor, sus ojos dilatados no se separaban de la ventana; la esperaba, la presentía, y á pesar de la sublevación de sus nervios y de la locura de su valor, su alma volaba al encuentro del alma que iba á venir. Aquella alma doliente, ¿tendría semejanza con el cuerpo animado por ella en otro tiempo?.. ¿Aparecería de repente ó su fantasma se condensaría como un vapor? ¿Pasaría como una sombra? ¿Revolotearía por la cámara como esos fuegos fatuos que danzan sobre los mogotes y sobre las tumbas y que queman el corazón de los imprudentes á quienes sorprenden sus rondas nocturnas?.. ¿Quién sabe?, soñaba... Acaso soy el hombre cuya oración espera la infeliz... ¿Quién ha tenido piedad de ella después de su muerte? ¡Su muerte!.. La mataron el dolor y la locura..., ó más bien el rayo, que vino á libertarla...

Pasó una claridad deslumbradora, estalló un trueno espantoso y el torreón se estremeció en sus cimientos... La cámara se llenó de una pálida luz; y por la ventana abierta, cuyo bastidor de piedra había desaparecido, descendió un rayo de claridad verdosa como un agua profunda... Y por ese rayo se deslizó *ella,* envuelta en el sudario de los muertos... Kerdec no sintió mucho miedo, pero su cuerpo se volvió rígido como si hubiera sufrido una conmoción eléctrica, y sus cabellos se pusieron de punta.

La dama verde se detuvo cerca del suelo, al que no tocó, y se quedó como suspendida... Bajo los pliegues del sudario se distinguía su forma vaga... En las paredes, los señores y las damas de los tapices se animaban con una extraña vida; encima de la chimenea, en el sitio del retrato, que había desaparecido, se veía un negro agujero; y en la cámara, donde se cernía el fantasma, reinaba un silencio más espantoso que el estrépito de la tormenta.

De repente, y como si la impulsara un soplo, la aparición se dirigió lentamente hacia el oratorio, pasó entre la cama y la pared y Kerdec dejó de verla. La claridad se fué con ella, como si el rayo de luz que la había traído la acompañase, y en el suelo de la cámara, que había vuelto á estar obscura, no se vió más que un surco luminoso que venía de la pieza en que había entrado.

Kerdec hubiera querido levantarse, ir hasta aquella raya de luz, seguirla hasta la puerta, que la cama le ocultaba; pero permanecía como atado á su lecho, oprimido por una argolla de hierro, las piernas

(c) Ministerio de Cultura 2006

aplastadas por pesos enormes. Y á ese sentimiento de impotencia vino pronto á añadirse el miedo: la luz volvía; algo pasaba entre la pared y la cama... ¿Qué iba á ver aparecer?.. Aquella espera fué para él tan atroz, que el terror le hizo cerrar los ojos.

Cuando los volvió á abrir, la cámara estaba iluminada de nuevo, y en el banco, al lado de la ventana, que había tomado su forma ordinaria, estaba una mujer sentada é hilando. Su pie, al impulsar con golpes presurosos el pedal que movía el torno, levantaba con un movimiento cadencioso los rígidos pliegues de su falda verde. Un gran justillo emballenado manteníale recto el busto; una alta gola plegada servía de marco á su cabeza; y su cabello, peinado hacia atrás, descubríale la frente. La dama trabajaba con actividad, se inclinaba de vez en cuando hacia la rueca y sujetaba el hilo con ágiles dedos; pero su cara estaba inmóvil y pálida como la de una muerta.

Al cabo de unos instantes, la rueda de madera osciló y se detuvo... La hilandera estaba cansada, sin duda, pues dejó caer los brazos y se recostó en el muro. Su cara, entonces, se animó y se iluminó violentamente. La sombra iba ganando la cámara como si la dama aspirase y concentrase hacia ella toda la luz. Kerdec se atrevió á mirarla fijamente; de sus párpados caídos se filtraban gruesas lágrimas, que corrían por los surcos que ellas habían ahondado hasta una boca convulsa y contraída por los sollozos. Oíase un ruido de queja, dulce unas veces como el murmullo de un agua corriente, potente y desgarrador otras, como los gemidos del huracán. Era aquella, en efecto, la dama verde de la leyenda, la pobre afligida cuyo recuerdo y cuyo nombre habían quedado en el siniestro torreón que su secular dolor venía á habitar.

Kerdec trató de hablar, pero su lengua estaba paralizada como sus miembros... ¿Comprendió la dama su pena? Kerdec la vió volver de repente la cabeza hacia él. Su queja había cesado y su boca tenía una especie de sonrisa. Fijaba en él unos ojos de esmeralda, de los que brotaban llantos de fuego; extendía los brazos como para una súplica; y al calor de aquella mirada, que no duró más que un segundo, Kerdec se sintió morir.

Bruscamente inclinada hacia la ventana, prorrumpiendo en sollozos más amargos y medio echada en el banco de piedra, la dama parecía entonces contemplar alguna cosa terrible, mientras se extinguía la luz que de ella emanaba y un lívido fulgor que venía de fuera incendiaba los vidrios, sobre los cuales se destacaba su silueta negra... Y delante de la ventana, como el péndulo de un reloj, pasó y volvió á pasar una forma larga..., vaga...

A mismo tiempo se oyó un trueno, y un rojo reflejo iluminó la cámara. El espectro se había erguido; la ventana se abrió y apareció en el hueco el esqueleto de un ahorcado, al que la dama verde cogió en sus brazos. Oyóse entonces encima de la chimenea una carcajada estridente, y en el sitio del agujero que quedó al desaparecer el retrato, Kerdec vió otro espíritu al que parecían hacer arder todos los fuegos del infierno. La mano en la daga, los ojos chispeantes fijos en la ventana, el Sr. de Fierville se retorcía con las convulsiones de risa de los condenados.

Un gran relámpago, como el que había precedido á la aparición, iluminó las caras espantadas del capitán y del alférez.

Por segunda vez el torreón se estremeció al impulso del rayo, y todo desapareció.

XII

—¡Voto va al chápiro! ¡Maldito tiempo!, gruñó el capitán Guiraud. No hay medio de pegar los ojos, es evidente.

La ventana se abrió y apareció en el hueco el esqueleto de un ahorcado

El sonido viviente de estas palabras hizo estremecerse á Kerdec y le desató la lengua.

—¡Mi capitán!, dijo con voz ahogada.

El capitán se movió haciendo gemir la cama.

—¿Eh?.. ¿Qué?.. ¿Tampoco usted duerme, Kerdec? No es extraño con semejante tiempo. No hay como este animal de Chamereuil; ni el diablo le impide roncar...

—Mi capitán... ¿Ha oído usted?.. ¿Ha visto?.. ¡Es horroroso!

—Tanto como horroroso... Es incómodo, y nada más. A mi edad hay que dormir.

—Pero ahora mismo, ha visto usted, y también Chamereuil, antes del último relámpago, la cosa horrible...

—¿Qué está usted ahí diciendo?, respondió el capitán incomodado.

Y concluyó con creciente irritación:

—Este está soñando..., y habla dormido... Yo solo no duermo, pardiez...

Por el contrario, lejos de dormir, Kerdec se estaba despertando, y á medida que recobraba los sentidos, experimentaba una sensación de bienestar y de alivio.

La aurora blanqueaba la ventana y los truenos se iban alejando y espaciándose. Kerdec miró con asombro la cámara, que poco á poco se llenaba de claridad y no tenía ya el aspecto fantástico que le había dado la luz temblorosa de las bujías. Era una pieza destartalada, marcada por el sello de tristeza y de miseria que los años dan á las cosas. Colgaduras lacias y tristes, de colores desteñidos y roídas por la polilla; techo de vigas en otro tiempo pintadas y entre las cuales había agujeros que dejaban ver el desván derruído; ventana mal ajustada por la que se colaba el viento frío de la madrugada; todo aquel conjunto decrépito no tenía ya nada de horrible ni de misterioso. Solamente un ruido continuo y monótono inquietaba al teniente porque le recordaba los sollozos de la hilandera nocturna; pero fué disminuyendo, para reproducirse aún, y cesar después completamente cuando salió el sol.

—¡Pardiez!, pensó Kerdec, era, sin duda, la lluvia que entraba por arriba y caía en el techo...

Se levantó un poco avergonzado, y sin embargo, muy cerca todavía de su sueño para librarse de él por completo. Se empinó delante del retrato de la chimenea y le golpeó para cerciorarse de que no había hueco alguno detrás de él, y se detuvo delante del torno que había creído ver girar. Era una armazón vieja, cuya madera, roída por la carcoma, se caía hecha polvo, y coronada por un lastimoso copo de lino despeinado por los siglos. En el banco de piedra de al lado de la ventana una espesa capa de polvo atestiguaba que desde un tiempo indefinido ningún ser viviente se había allí sentado.

—¡Ningún ser viviente!.., pensó.

Y á pesar del extraño deseo que le acosaba de sentarse él, no se atrevió.

Entró en el oratorio, no sin cierto temblor, dominado por el recuerdo del especto deslizándose por su estela verde. Nada había cambiado de sitio, ni el espejo mohoso caído sobre el jarro tomado de verdín, ni el gran candelero con los restos de cera; y en el fondo de su nicho, la virgen de piedra seguía sonriendo á su Niño Jesús. Vaciló un instante, levantó la tapa del arca, volvió á ver los mismos girones de ropas, y sintió un estremecimiento. Volvió á la cámara muy de prisa, como si alguien le persiguiera, y furioso por aquel terror que no lograba dominar, dió un fuerte golpe en el suelo con el pie.

El capitán y el alférez roncaban á pierna suelta, y aquel sueño triunfante acabó de exasperarle.

—¡Es extraño!, exclamó. Los he visto, sin embargo, hace un momento, cuando brilló aquel relámpago...

Sintió un escalofrío: hacia la cabecera de la cama, y pegadas á la pared, dos caras le miraban, erizadas y llenas de espanto. Pero en seguida se echó á reir: eran los dos villanos del tapiz á quienes atacaba aquel jabalí que tenía una pila de agua bendita colgada del colmillo... Kerdec movió al alférez.

—Vamos, compañero... Es hora de levantarse y de despertar al capitán.

Chamereuil balbuceó:

—¿Cómo?.. ¿Eh?.. ¡Allá voy!..

Y añadió despertándose por completo:

—¡Qué demonio!.. ¡No es la dama verde!

XIII

Cuando los Langlois vieron á los tres oficiales sanos y salvos en la cocina, se quedaron estupefactos, y sobre todo, descontentos. La mujer sirvió el café con aire gruñón, y el marido, sentado en un rincón con la gorra puesta y la pipa entre los dientes, sólo respondió encogiéndose de hombros á las bromas con que Chamereuil le asaltaba y no quiso

(c) Ministerio de Cultura 2006

beber con ellos. Los dos estaban escandalizados por el desprecio con que habían sido tratados su leyenda y su miedo. Aquel campamento insolente en la temible cámara, donde nadie había entrado en veinte años, les parecía una empresa odiosa y una especie de sacrilegio. A aquel sentimiento de indignación se añadía un sordo enfado contra la dama verde. ¡Cómo! ¿Había tolerado que fuesen así á burlarse de ella en su casa? ¿No existía entonces? ¿Eran ellos unos imbéciles por haber creído en su existencia? En todo caso, por culpa de aquellos audaces, iban á desaparecer el respeto y el misterio que rodeaban en el país al castillo de la Dolente; y á los Langlois les parecía que ese respeto y ese misterio eran un tesoro que acababan de robarles.

Se tranquilizaron un tanto, sin embargo, cuando el capitán pagó con largueza su hospitalidad.

—Son buenos muchachos, después de todo, dijo la mujer.

Y el hombre, aceptando un cigarro que le daba Chamereuil, concluyó con resignación:

—Y bien, ¿qué?.. Ustedes no la han visto...

En fin, cuando se marcharon é iban atravesando el antiguo patio de honor para llegar á la granja, la mujer mostró al marido al teniente Kerdec, que no había tomado parte en las bromas de sus compañeros y que acababa de volverse con expresión pensativa hacia el torreón.

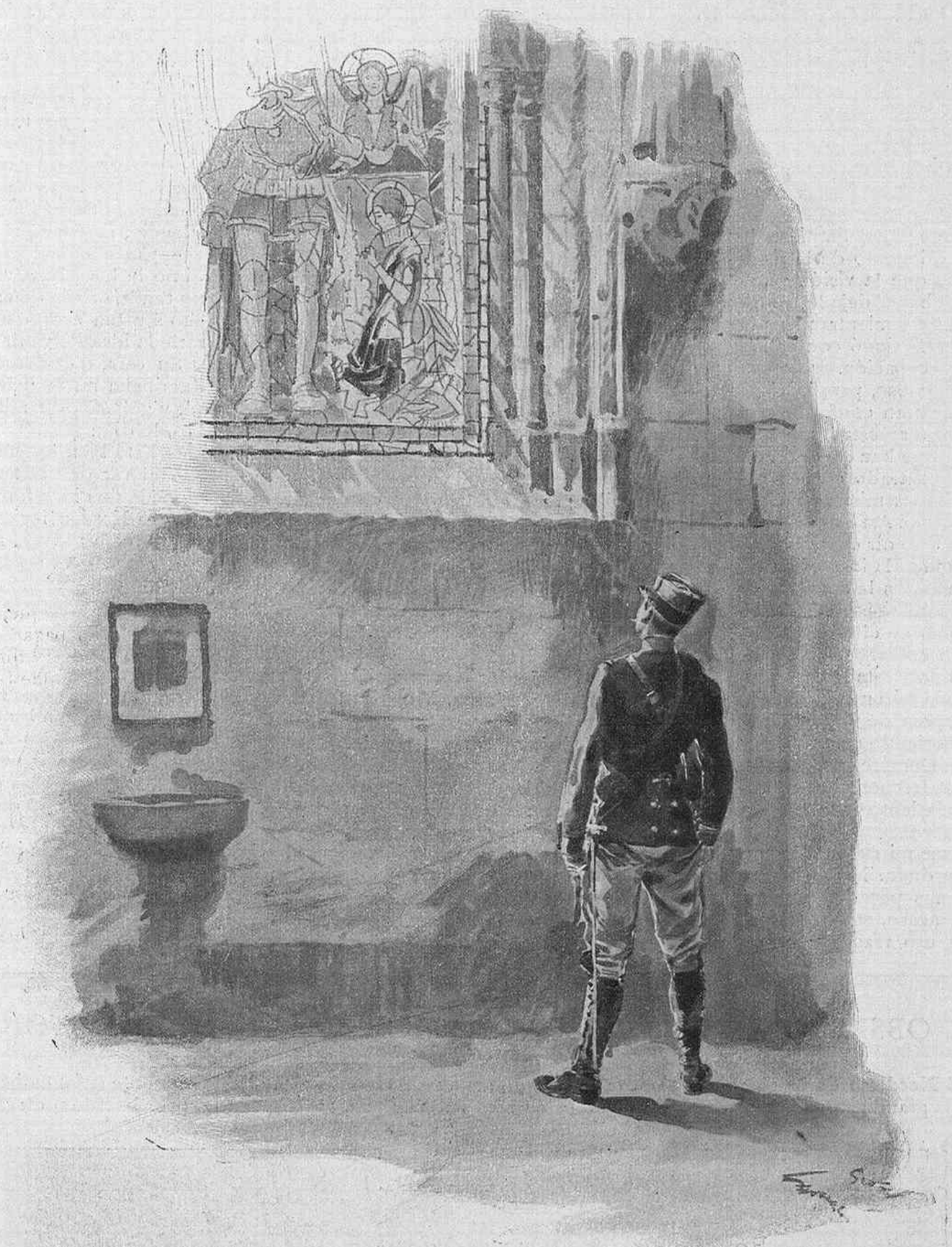
—Dirán lo que quieran, exclamó; pero nadie me quitará de la cabeza que ese ha visto allá arriba cosas que no quiere decir y que no eran muy naturales...

La compañía estaba reunida en el patio de la granja. El sol, ya cálido, partía sus rayos en cohetes de brillantes sobre los techos mojados; desprendíanse vapores del estiércol en que picoteaban las gallinas, y hacia el charco de agua estancada y espesa pasaban lentamente, mirando á los soldados, las vacas que traían á encerrar para ordeñarlas por la mañana. La mujer de Ledrain, dolorosamente emocionada por la hora de la despedida, daba vueltas, con una cafetera y una taza en la mano, alrededor de los sargentos, á quienes ofrecía la última copa diciendo con voz enternecida:

—Puesto que está pagado, no debe sobrar. Mejor se lo daría á los cerdos.

Hasta que se marcharon y el último hombre salió por la puerta de la granja, no apareció en el umbral Ledrain, invisible desde el día anterior. El campesino paseó una mirada trágica por la línea de agujeros negros que marcaban en el patio el sitio de las cocinas; levantó los brazos hacia los árboles gigantes como si los tomara por testigos de su injuria, y cerrando los puños apostrofó, como los héroes de Homero, á la compañía que marchaba á paso acelerado por el camino de Martinville.

El tiempo estaba hermoso y los soldados andaban alegremente por el bosque, en el que el sol sembraba manchas luminosas y que olía bien. A medida que se alejaba del caserío de la Dolente, Kerdec sentía disiparse las sombras de su pesadilla, y razonando su miedo, se reía de él. Cuando, llegado á lo alto de la cuesta que domina al valle, miró por última vez el tejado puntiagudo del viejo torreón surgiendo del océano de árboles, se despidió de él encogiéndose de hombros, y no creía volver á pensar en tal cosa, cuando sonaron las cornetas, para marcar el paso, al llegar á las primeras casas del pueblo. Hízose alto, y el capitán cuidó de que no se olvidara la apuesta que el teniente había perdido el día antes. Sentado en torno de una mesa del café del Comercio, el estado mayor de la cuarta compañía absorbió, á costa de Kerdec, un veneno disfrazado con el nombre de aperitivo. Chamereuil se marchó después en busca de un deshollinador para desatascar su pipa; y Kerdec se fué á pasearse por el pueblo, dejando al capitán poner en claro con el sargento mayor los misterios de un estado de prest.



Su postura arrodillada doblaba bruscamente los pliegues de su falda verde

XIV

Era día de mercado. Una multitud se agitaba en las calles medio obstruídas por los puestos de los vendedores ambulantes, llenas de mujeres que vendían los productos de sus corrales, y atestadas de terneras tirando de sus cuerdas y de jaulas llenas de cochinillos. Las compradoras tomaban á peso las aves, los granjeros discutían precios, los cabos de rancho seguían el carro de las legumbres, los asistentes listos se llevaban en triunfo conejos comprados por poco precio ó unos cuantos pollos de mayor edad.

En la plaza de la iglesia se regateaban los granos. Los molineros, inclinados sobre los sacos abiertos, olfateaban el trigo ó dejaban caer desdeñosamente el puñado que acababan de examinar; los mozos cargaban y descargaban carros; un vendedor de instrumentos agrícolas detallaba los méritos de sus bieldos articulados y hacía dar vueltas á los discos de sus cortarraíces. Y Kerdec miraba el campanario puntiagudo, que subía hacia el cielo azul, y recordaba aquel aspecto de flecha que tenía el día anterior cuando se destacaba sobre el arco que formaba el sol sobre la obscura nube... Insensiblemente y por una especie de impulso que le empujaba hacia atrás, su pensamiento se apartaba del día y del movimiento presente y le hacía volver á la tempestad, á la marcha en medio de la tormenta, á la bajada al valle, abierto como un nido de verdor, entre dos colinas peladas, y á la entrada en aquel torreón de muralla gris, que miraba á la llanura con el ojo único de aquella ventana... Al mismo tiempo se sentía atraído por la iglesia é iba á ella como si le impulsase una fuerza invisible. Incapaz de resistir al extraño ensueño que se volvía á apoderar de él, pronto sintió el mismo escalofrío de miedo y de deseo que había precedido á la aparición en la pesadilla de la noche.

Entró; la nave estaba solitaria, nave modesta y pobre, abovedada de madera y agujereada de ventanas ojivales donde lucían fragmentos de vidrieras de colores. La recorrió con paso automático, y al llegar á la verja del coro, volvió á la izquierda y se encontró en una gran capilla. Allí le pareció que la fuerza misteriosa que acababa de impulsarle cesaba de mandar en él y le dejaba dueño de sus actos; pero el extraño escalofrío no le abandonaba.

Miró á todas partes: estaba en una capilla señorial añadida á la iglesia, más antigua, por algún poderoso personaje. Elegantes columnitas servían de sostén á una elevada bóveda y numerosas losas de sepulcros, sobre las que yacían imágenes medio borradas, cubrían el suelo. Al lado del altar, horriblemente moderno, una elegante credencia del siglo XVI abrigaba bajo su dosel tallado un santo polícromo que parecía avergonzado de encontrarse allí. Un cuadro antiguo, que ocultaba á medias el informe tabernáculo, llamó desde luego la atención de Kerdec... ¿Qué le recordaba aquella virgen de sonrisa enigmática, contemplando al niño Jesús, que tendía los brazos? Aquella misma noche la había visto en un tosco nicho, delante del cual colgaban restos de cortinas; á sus pies había un gran reclinatorio... Y la angustia se apoderó de él mientras contemplaba, en el cuadro y en la pared, las manchas multicolores producidas por el sol al atravesar una vidriera que Kerdec adivinaba detrás de él. Langlois, en su relato, había hablado de una vidriera de colores en la que oraban arrodillados el marqués y la señora de Fierville... ¿Sería esa vidriera la que coloreaba el rostro de la Virgen María, que parecía entonces sonreirle? Kerdec se volvió: en una gran ojiva resplandeciente, San Lorenzo y Santa Margarita, mártires, tendían hacia Nuestra Señora coronada por el Cristo las palmas simbólicas de su triunfo. Vestido con una cota de armas de los colores de su blasón, los pies calzados con grandes espuelas y brazos y piernas forrados de hierro, un caballero de aspecto altanero estaba arrodillado cerca de la parrilla de San Lorenzo; y en la parte baja de la túnica roja de la santa oraba una dama, á cuya cabeza servía de marco una alta gola y cuyo busto era mantenido recto por un corpiño emballenado... Su postura arrodillada doblaba bruscamente los pliegues de su falda verde; su frente estaba descubierta y pálido su semblante...

Como en la cámara del torreón y en medio de la noche poblada de relámpagos, Kerdec sintió que sus cabellos se erizaban. ¡Era ella! La reconocía..., y

(c) Ministerio de Cultura 2006

mientras se quedaba petrificado é incapaz de defenderse de la obsesión que le dominaba, le pareció que la dama se volvía de nuevo hacia él y que sus brazos extendidos le imploraban...

La alucinación pasó pronto. Kerdec la sacudió por un esfuerzo de voluntad, y se volvió casi corriendo á la nave de la iglesia. Allí se dejó caer en un banco y permaneció mucho tiempo como aniquilado, tratando en vano de volver á la razón y fijándose, sin verla, en la lucecita que ardía en medio del coro y que oscilaba, chisporroteaba y se agitaba como para invitarle á la oración.

El ruido de una puerta que se abría le estremeció. Un sacerdote viejo entraba en el coro con un plumero y un trapo en la mano. Se adelantó á menudos pasos rápidos, se arrodilló, se levantó penosamente y se puso á limpiar el polvo de las sillas de coro.

Mirando á aquel viejo afanado por la limpieza de su iglesia, Kerdec volvió al sentimiento de la realidad. La impresión de malestar que la visión renovada de la de aquella noche le había dejado, se disipó en cuanto no se sintió solo, y mientras seguía con la vista la faena del cura, reflexionó con calma sobre lo extraño de aquella preocupación.

—Es un efecto puramente nervioso, pensó. El relato de Langlois, aquella cámara tan conforme con la leyenda y aquella noche de tempestad, me han llenado el cerebro de imágenes que han engendrado mi sueño. Y cuando me he encontrado en esta capilla llena de la misma leyenda, las mismas imágenes me han impresionado la mente. Así es como me persigue la música que á veces creo oir cuando todo está en silencio; así sube á mi olfato la impresión de un perfume disipado y á mis nervios la angustia de un sufrimiento pasado hace mucho tiempo. Nada es más explicable; no pensemos más en ello.

No quería pensar más, y sin embargo, permanecía allí. El cura seguía trabajando y estaba entonces barriendo el santuario. Kerdec le encontraba interesante con su prisa y con su torpeza de viejo, empujando con esfuerzo la escoba, haciendo cortas flexiones con sus rodillas entumidas siempre que pasaba por el altar y deteniéndose con frecuencia para mirar la obra hecha, con un movimiento involuntario de su blanca cabeza.

—¿Qué diría éste si le contase mi sueño? No me lo explicaría naturalmente, sin duda. Me diría que la dama verde está expiando sus pecados, que mi oración puede salvarla y que, acaso, soy yo aquel cuya intercesión espera... ¿Es eso razonable? Los curas viejos y los niños creen esas cosas... Los hombres inteligentes las niegan... ¡Ay! ¿Qué saben los hombres inteligentes? ¿Qué es la alucinación? ¿Qué la obsesión? ¿Dónde empieza la realidad? ¿Dónde termina el ensueño? ¡Bah! Yo sabré á qué atenerme.

Se levantó y pasó la verja del coro.

El cura había vuelto al altar, y subido en un taburete, estaba limpiando los candeleros y los floreros de flores artificiales. Cuando, al volverse, se encontró en presencia de un oficial, por poco el asombro le hace perder el equilibrio. Púsose el plumero debajo del brazo y preguntó con voz insegura:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Señor cura, quisiera hablar con usted. ¿Quiere usted que le ayude?

—Es usted muy amable. No soy de los más ágiles, pero todavía me arreglo solo.

Y bajó bastante fácilmente del taburete, sin apoyarse en el brazo del teniente.

Cuando estuvieron en la sacristía, el cura se apoyó en el armario de roble que encerraba los ornamentos. La luz, que venía por detrás de él, hacía relucir su cráneo como una piedra amarilla y acentuaba la aureola de sus cabellos blancos.

—Señor cura, dijo Kerdec, ¿conoce usted la historia de la dama verde del castillo de la Dolente?

El cura hizo un gesto de extrañeza y respondió:

—Puede usted creer que sí. La había oído contar muchas veces cuando usted no pensaba en nacer.

—Es posible; pero estoy seguro de que nunca le han contado lo que yo voy á decirle.

—No digo lo contrario, respondió el anciano.

—¿Cree usted en los aparecidos, señor cura?

—No puedo decir que creo en ellos... Pero, cáspita, decirle á usted que no creo...

—Si pensase haber visto uno, ¿qué es lo que haría usted?

El cura miró á Kerdec con asombro, que pronto se cambió en desconfianza. Y contestó limpiando las gafas:

—A usted habría que preguntárselo.

—¿Por qué?

—Porque no habiendo yo visto aparecidos, no sé lo que haría; mientras que si usted, señor mío, los ha visto, no me disgustaría saber qué ha hecho.

Kerdec hizo un movimiento de impaciencia. «Este buen señor, pensó, es normando de pura raza y cree que me burlo de él. Hablémosle claramente.»

—Señor cura, le dijo; hablo seriamente y le ruego que me escuche lo mismo. He dormido esta noche en el torreón de la Dolente y en la cámara de la dama verde. He creído verla y me ha parecido que imploraba de mí un servicio. Hace un momento, en esta iglesia, la he reconocido en su vidriera, y ahora me persigue su imagen... Todo esto no es, sin duda, más que imaginación y así quiero creerlo; pero por mucho que razono, siento que mi espíritu no está tranquilo... Soy bretón, no he perdido la fe y creo en las oraciones, sobre todo en las de los sacerdotes. ¿Quiere usted decir mañana su misa por esa mujer y guardarme el secreto de lo que acabo de confiarle?

El cura se quedó pensativo. Parecía discutir consigo mismo y sus manos se agitaban á derecha é izquierda como las de los oradores que pesan el pro y el contra de un asunto. Al mismo tiempo pasaba por sus labios una sonrisa de emoción y miraba al oficial con tiernos ojos. Después de un momento de silencio, respondió:

—Consiento en decir la misa por esa pobre dama. Si no le hace bien, seguramente no le hará mal. Y no tendría nada de extraño que Dios le hubiera hecho á usted acostarse allí expresamente para inspirarle la idea de venir hoy á buscarme...

Su cara, que parecía una manzana arrugada, se iluminaba más y más. Por fin, su satisfacción rebosó, y golpeando familiarmente á Kerdec en el hombro, le dijo:

—Está bien lo que hace usted, joven; muy bien.

Y al ver que el teniente sacaba del bolsillo una moneda de cinco francos, la rehusó.

Pero Kerdec insistió. Le parecía que si aquella misa no era pagada, no se cumplirían los deseos de la dama verde y no se rompería el encantamiento... Y así lo comprendió el cura, sin que él tuviese necesidad de explicarlo.

—Lo cierto es que, si yo estuviera en el lugar de usted, querría pagar. Así, puesto que quiere usted darme un duro, lo tomo y se lo daré de su parte á una pobre vieja que lo necesita y que rezará por usted. Y mañana, á las ocho, diré la misa por la intención que usted desea.

—Por desgracia, señor cura, no estaré aquí, porque nos vamos á las cuatro de la madrugada. Pero pensaremos el uno en el otro.

Se estrecharon la mano con efusión; y el teniente Kerdec salió de la iglesia sin atreverse á ver de nuevo la capilla de los señores de Fierville ni la vidriera de colores de San Lorenzo y Santa Margarita.

Traducción de F. Sarmiento.

EL OBSERVATORIO METEOROLÓGICO DEL MONTE VENTOUX

Majestuosamente situado al Nordeste de la planicie de Vauclus; soberbio por la grandiosa amplitud de su mole tanto como por su altura; dominando desde su blanca cima el Mediterráneo, el Ródano, Provenza, el Langüedoc y el bajo Delfinado; mirando á la vez los Alpes, los Cevennes y los Pirineos; sobresaliendo 500 metros por encima de las montañas á él más próximas, el monte Ventoux parecía señalado por la naturaleza para la instalación de un observatorio meteorológico.

La elección de este sitio para tal objeto hállase tanto más justificada cuanto que en la cresta del monte Ventoux, por su situación topográfica especial, se producen las más interesantes manifestaciones atmosféricas. Esta cresta forma la línea de encuentro de corrientes de aire diametralmente opuestas y de naturaleza muy diferente: unas frías, á menudo heladas, procedentes de los Alpes; otras cálidas, que suben de las tierras incultas de Provenza, y á veces ardientes cuando llegan de Africa al través del Mediterráneo.

El observatorio del monte Ventoux en tiempo de nieve, fachada Oeste. (De fotografía de Fevrot, de Avignón.)

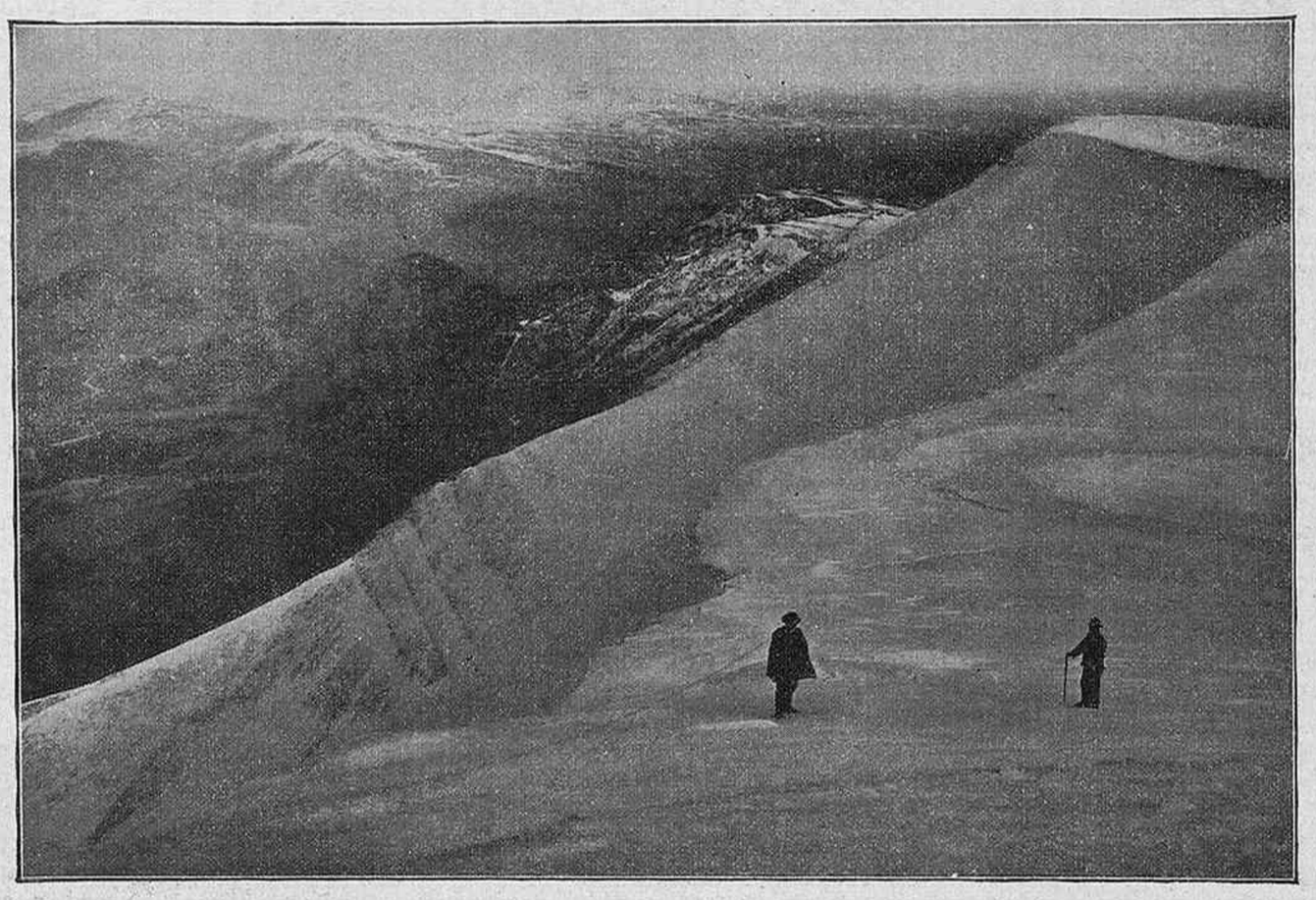
Cuando, empujadas por estos vientos contrarios, las nubes, cargadas de agua y de electricidad, chocan encima de la cumbre del Ventoux, producense allí fenómenos de gran violencia: tempestades repentinas y terribles, granizadas abundantes, trombas de agua, efluvios eléctricos intensos, formidables tormentas de viento. Y cuando sopla el mistral, la cima del monte sufre embates á los que nada que no esté especialmente protegido resiste; y al impulso de estos choques furiosos, la roca, ya dislocada por el hielo de los largos inviernos, de desprende y se esteriliza en toda la extensión de la cresta. Se han observado en el Ventoux, por medio del anemómetro de mano, velocidades de 40 metros por segundo, á las que no ha podido resistir el anemometrógrafo de Demichel y Breguet primitivamente instalado en la plataforma del observatorio. El hecho siguiente da también idea de la violencia de los huracanes que sobre aquella cima se desencadenan: la carretera de Bedoin al observatorio tocaba la cresta poco antes de llegar á la cima, en el collado de las Tempestades; pues bien, ha sido preciso abandonar este paso, desde donde la vista se hundía en los escarpes de la vertiente septentrional, porque en él la fuerza del viento volcaba los coches.

Tal es la cumbre en donde se construyó el edificio monumental que constituye el observatorio del Ventoux, terminado en 1894. El cuerpo del edificio, de forma rectangular, está situado á 1.896'08 metros

(c) Ministerio de Cultura 2006

de altitud y mide 30 metros de largo por 10 de ancho; delante de él hay una terraza desde donde la vista se extiende y se pierde en la inmensidad del horizonte Sur; en la parte posterior está el talud terminal de la montaña, el punto culminante del Ventoux al que está adosado el edificio; este terraplén natural sostiene, á 1.908 metros de altitud, la plataforma en que están fuertemente clavados numerosos aparatos meteorológicos. Una galería cubierta pone en comunicación esta plataforma con diversos departamentos situados en el primer piso; allí están el despacho del observador, vasta pieza en la que se ven los siguientes instrumentos: pluviómetro registrador, barómetro registrador Redier, barómetro Fortin Tonnelot, barómetro aneroide gran módulo, higrómetro Saussure y receptor telegráfico. En la plataforma hay instalados, resguardados unos y á la intemperie otros, un pluvímetro Redier, un pluvímetro quintuplicador Tonnelot, un pluvímetro decuplicador, un higrómetro registrador Richard, un psicrómetro August, un termómetro registrador Richard, un actinómetro Sallerón, un termómetro máxima Negretti, un termómetro mínima Rutherford, un nivómetro (modelo del pico del Mediodía), un evaporómetro Piche, una veleta, papel ozonográfico, etc., y otros. Merece también mencionarse una tabla de orientación que permite encontrar en el horizonte los principales picos de los Alpes, hasta el Monte Blanco.

El observador que, con un ayudante, dirige este establecimiento científico, hace dos observaciones diarias, una por la mañana y otra por la tarde, y comunica los resultados de las mismas por telégrafo á la Oficina central meteorológica de París, relatando al propio tiempo los fenómenos dignos de ser mencionados. Una baranda de hierro permite al observador, desde que sale de la galería cubierta (cuya puerta está orientada hacia el Oeste), sostenerse delante de los aparatos aun en medio de los vientos más fuertes.



El collado de las Tempestades, en el fondo la cordillera de Lure. (De fotografía de Fevrot, de Avignón.)

El telégrafo está provisto del Rhe-electrómetro Melsens. El sistema de pararrayos compuesto, adoptado para proteger en el mayor grado posible el edificio y sus inmediaciones, es también obra del señor Melsens. El observatorio está materialmente erizado de puntas separadas y de haces de penachos en número considerable, y los conductores, láminas ó alambres, van á perderse unos en la gran cisterna del observatorio y otros en el agua de Font Filiole, pequeña fuente situada en los escarpes septentrionales, á 1.788 metros de altitud. En cuanto al alambre telegráfico, para que esté á cubierto de los rayos, tan frecuentes en la cima del monte, pasa por un conducto subterráneo hasta la fuente del Grave (1.500 metros de altitud), distante seis kilómetros del observatorio.

La planta baja del edificio comprende varias salas destinadas á colecciones de historia natural relativas á la región, y á dar albergue á los que deseen estudiar sobre el terreno la flora, la fauna ó la geología de tan interesante montaña. Una hospedería construída recientemente no lejos del edificio oficial proporciona todas las facilidades para permanecer en aquella altura durante cuatro meses, de junio á septiembre.

Todas las construcciones que componen el observatorio dependen del ingeniero jefe de Puentes y Calzadas del departamento de Vaucluse; el servicio meteorológico está bajo la inspección y dirección de la Oficina central meteorológica de Francia, que envía cada año un inspector al Ventoux. Cada una de estas administraciones, lo propio que la de los Bosques, tiene su aposento en el edificio.

Los resultados de las observaciones diarias se publican en el Boletín de la Comisión meteorológica de Vaucluse, verdadera creadora del observatorio del Ventoux, bajo el impulso infatigable del Dr. Pamard de Avignón, el más distinguido promotor de esta obra científica.

Finalmente, la municipalidad de Bedoin, además del telégrafo (abierto también para el público) que ha hecho instalar á sus expensas, asegura comunicaciones postales bastante regulares con el observatorio por medio de un cartero que sube allí cinco veces por semana y unas tres veces durante el invierno

GUSTAVO TARDIEU.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD Soberano contra CATARRO — ASMA — OPRESIÓN 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata. Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpès, etc. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO. Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, Sucesor de Boyveau-Laffecteur. Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición JARABE DELABARRE Jarabe sin narcótico. Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición. EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Historia general del Arte Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

(c) Ministerio de Cultura 2006

BARCELONA. – Inauguración de la primera Biblioteca Popular instalada por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País en el Fomento Regional de San Martín de Provensals. (De fotografía de A. Merletti.)

Poniendo en práctica una vez más el lema «fomenta enseñando,» que figura en su escudo social, la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País inauguró el día 17 de los corrientes la primera de las Bibliotecas Populares que se propone fundar en los barrios obreros de esta capital.

Hállase instalada dicha biblioteca en un punto céntrico de la populosa barriada de San Martín de Provensals y en un local que reune excelentes condiciones para el objeto á que se le destina, y contiene algunos millares de volúmenes y gran número de periódicos y revistas, cuidadosamente escogidos, teniendo en cuenta la clase de público á que principalmente está dedicada.

En el acto de la inauguración, el secretario de la Económica leyó una memoria del curso anterior, en la que se enumeran las obras benéficas emprendidas por tan benemérita asociación, y el presidente de la misma, Sr. Pella y Forgas, pronunció un elocuente discurso enalteciendo la importancia de la empresa iniciada, señalando su sentido práctico y haciendo un caluroso llamamiento á las personas pudientes para que contribuyan á esa obra civilizadora con sus donaciones de libros y folletos y subscripciones á periódicos y revistas. El Sr. Padern, presidente del Fomento Regional, en donde está instalada la Biblioteca, agradeció en sentidas frases el favor que la Sociedad Económica ha dispensado á dicho centro dotándole de un nuevo medio de cultura con que combatir los perniciosos efectos que en algunos obreros ejercen el juego y la taberna.

La iniciativa de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País es digna de los más entusiastas plácemes, y merece además que á ella correspondan los esfuerzos de todos, cada uno en la medida que sus recursos consientan, á fin de que obra tan meritoria pueda alcanzar su desarrollo completo.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocàsiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS, PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie
Bd St-Denis, 16

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

(c) Ministerio de Cultura 2006